PABLO PARELLADA

EL SIMPÁTICO GARCÍA

COMEDIA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL Y EN PROSA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1922

EL SIMPATICO GARCÍA

EL SIMPÁTICO GARCÍA

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

PABLO PARELLADA

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL el día 8 de marzo de 1922



MADRID

Viuda e hijos de R. Velasco, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, M 551

1922

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARMEN.......................	María Luisa Moneró.
CONSORCIA ZARABALDEGUI.	Pilar Pérez.
ENRIQUETA...	Mercedes Sampedro.
INESILLA.....................	Florentina Montosa.
PETRA	María Robles-Briz.
ANACLETA	Lydia Medrano.
PEPE	Nicolás Navarro.
CORONEL................. ...	José Calle.
HIDALGO....................	Francisco Alarcón.
NICASIO RUFÍNEZ...........	Mario Albar.
HIGINIO DE GERBOLES.....	Antonio Suárez.
DIOSCORO VALDIVIESO.....	Pascual Rodrigo.
MELÉNDEZ	Antonio Pino.
UN SOLDADO................	Julián G. Valbuena.

La acción en un pueblo de Castilla la Nueva. Epoca actual.

Indicaciones del lado del actor.

ACTO PRIMERO

Posada. Al frente, gran arco; la puerta de entrada a la casa se supone detrás, y a la izquierda de dicho arco. A la derecha, y detrás del mismo, arranque de escalera que conduce a las habitaciones snperiores. A la derecha, pequeña puerta; tocando a ella, y más cerca del espectador, un ventanal apaisado, con una tabla en la parte inferior, que sirve para despachar bebidas. Puerta de una cuadra a la izquierda. Un poyo adosado al frente izquierda.

Mesa, frente y cerca del ventanal. Tres sillas junto a la mesa. Es una mañana de fines de Agosto.

—

HIDALGO, cabo de lanceros, restrega una cadenilla de barbada entre ambas manos, cerca de la mesa, donde tiene una brida, un bocado y unos trapos sucios. PEPE, soldado de lanceros, está a la puerta de la cuadra restregando otra cadenilla.

HID. (Canturrea una seguidilla.)

Al primer novio que tuve,
salerito,
lo coloqué en la cocina (Tres.)
y el gato se lo comió,
salerito,
creyendo que era cordilla.

(Gran ruido dentro de la cuadra.) (Voz dentro.) ¡Caballo!... ¡Quieto, caballo!...

HID. (Va hacia la cuadra.) ¿Qué pasa?

PEPE Que se há soltado un caballo. (Entra en la cuadra.)

HID. ¡A ver ese caballo que se ha sortao... eso es que me los atáis demasiado cortos. Si entro,

de una guantá sus voy a mandar a Fransia. Ya sabís que no me gusta que me atís corto al pesebre! (Vuelve a la mesa y canturrea.)

Yo no sé qué tienen, mare,
las flores del sementerio...

(De la cuadra, PEPE con una criba grande.) ¿A dónde va usté?

PEPE. A buscar paja.

HID. Arza. . y aquí escapao otra vez. (Vase Pepe a calle.)

(De la calle, MELÉNDEZ, veterinario militar, de Kaki, gorra de plato, polainas, espuelas, sin sable; trae un cuaderno y entra en la cuadra. Es tipo distinguido y joven.) (VOZ dentro de la cuadra al entrar Meléndez.) ¡Firmes!...

(PETRA, moza de la posada, baja por la escalera con un cubo y una escoba.)

HID. Güeno día, prenda. ¿Qué dise uté de güeno?

PETRA (Siempre de mal humor y peores modales.) ¿Sabe usté lo que le digo...? Que ya está usté quitando esas porquerías de encima de la mesa.

HID. Oiga uté, mosita; que la brida y el bocao de mi caballo no son porquerías, que son dos espejos pa que uté se mire los domingos y fiestas de guardar.

PETRA ¿No los quita usté?

HID. No, señora.

PETRA (Tomando una resolución.) Bueno, pues no los quite. (Vase derecha.)

HID. Será uté obedesida, prinsesa.

Yo no sé qué tienen, mare,
las flores del sementerio...

(De la calle PEPE, con la criba colmada de paja.)

HID. Oiga uté, señor Barón.

PEPE Mande.

HID. ¿Pa qué caballo es esa paja?

PEPE Para el Sabio.

HID. A ver; que los sabios son muy delicaos. (De la paja entresaca dos piedrecitas.) Una piedresita... dos piedresitas... Que me la cribe uté bien. Ya sabís utedes que no me gusta la paja con piedresitas.

PEPE Se la cribaré. (Medio mutis.) Cabo Hidalgo, quisiera pedirle a usted un favor.

HID. Venga de ahí.

PEPE Que no me llame Barón.

HID. ¿Por qué no le tengo de llamar por el título? Pues poquito charol que me doy disiendo que tengo de subordinao ar Barón de Sengalí...

PEPE Se lo agradezco; pero aquí en el Regimiento, deseo ser, solamente, un individuo, un número, como todos los demás.

HID. Está mu bien.

PEPE ¿Tiene algo que mandar?

HID. Ná... (Señala la cuadra.) Echele la paja al Sabio.

PEPE A la orden. (Entra en la cuadra.)

HID. Yo no sé qué tienen, mare,
las flores del sementerio,
que dejan de estar allí,
si las corto y me las llevo.

(PETRA, de la derecha.)

PETRA (Violentamente, arroja al suelo, brida, bocado, trapos y hace medio mutis.)

HID. Así me gusta a mí que me pidan las cosas, con educasión y buenos modos.

PETRA Tengo más educación que usté...

HID. Que se habrá uté educao en las Ursulinas...

PETRA Es usté muy gracioso; como todos los andaluces.

HID. Chipenda.

Dijo er sabio Salomón,
embosao en una tapia:
No siendo de Andalusía,
no se puede tener grasia.

(Pone brida, bocado y trapos sobre la mesa).

PETRA (Va a quitarlo.)

HID. (Lo evita interponiéndose.) ¡Quieta la jaca!...

PETRA La mesa no es para que usté la empuerque; que es por si alguno quiere tomar algo.

HID. Ese, soy yo.

PETRA Bueno; ¿qué desea tomar? (Menos arisca.)

HID. Deseo tomar... la lisensia cuanto antes, pa casarme con uté.

PETRA Misté que no estoy para gromas...

HID. Uté que es tan amable ¿me puede regalar un poco de manteca pa untar los cascos a mi caballo?

PETRA Si quiere usté manteca, la compra, y si no lleve a su caballo a casa del limpiabotas. ¡Miá que manteca para el caballo!... ¡No faltaba más!...

HID. Diga uté, doña Vinagre; cuando se va uté a acostar ¿cómo se quita las medias?

PETRA ¡Como a usté no le importa, so ganso!

HID. Uté no se quita las medias a mano, que se las quita a coses. (Lo marca.)

PETRA (Toma una botella del ventanal.) ¡A ver si le meto la botella en los sesos!...

HID. (Deteniéndola.) ¡Quieta la jaca!...

(MELÉNDEZ sale de la cuadra.)

MELÉN. ¿Qué es eso?

HID. Nada, señor profesor.

MELÉN. (A Petra.) ¿A qué obedece la violenta actitud de usted?

PETRA Misté, señor veterinario; que ni los sargentos, ni los cabos, ni los soldados, le dejan a una en paz. Y éste me ha dicho que yo me quito las medias a coces.

HID. Diga uté que no, señor profesor.

MELÉN. Al iniciarse la salida del Regimiento, se les previno a ustedes la prohibición de andar en escarceos amorosos o en broma con las muchachas pueblerinas Que no vuelva usted a faltar a lo dispuesto. Al pie del ganado. (Va hacia el foro.)

HID. A la orden. (Aprovecha el no ser visto por Meléndez para indicar a Petra, que ésta se quita las medias a coces.)

PETRA (Va hacia él con la botella.) ¡A ver si le doy!...

HID. (Entrando en la cuadra.) ¡Jaca!...

PETRA (A Meléndez) Castigue usté al cabo...

MELÉN. No hay motivo para tanto. En primer lugar, usted perdonará si le digo que es usted intensamente agresiva.

PETRA Si soy agresiva, ellos tienen la culpa ¿Por qué todos se meten conmigo?

MELÉN. (Meloso.) Debe usted tener presente, que la atracción femenina, es ley de la naturaleza a la que ninguno podemos sustraernos; y siendo así, no es delito, ni siquiera falta, si caemos dentro de su radio de acción; tanto más, cuanto que lo femenilmente estético, obra sobre nosotros como influídos por una potencialidad electro-magnética. ¿Usted comprende?

PETRA Ni jota...

MELÉN. Quiero decir que esa boquita, por su frescura, y esos ojos, por su incandescencia, ejercen sobre mí una atracción irresistible.

PETRA ¡Vaya; otro que tal baila!... (Vase derecha.)

(Por la escalera, el CORONEL vestido como Meléndez, sin sable ni bastón; trae un látigo. Desde el pie de la escalera oye el final del diálogo anterior.)

CORONEL (Sonriente.) Muy bien; el profesor veterinario apretándole la cincha a la moza de la posada.

MELÉN. Nada; palabras, palabras, mi Coronel.

CORONEL ¿Qué le pasa a mi caballo?

MELÉN. Cosa leve; un poco fatigado por la excesiva jornada de ayer. He dispuesto, que además del pienso ordinario, le den lechuga y café.

CORONEL Y un cigarro puro...

MELÉN. No lo tome por lo festivo, mi Coronel; el café es uno de los medicamentos indicados contra la fatiga muscular, vulgo cansancio.

CORONEL ¿Y en los demás caballos, ocurre algo?

MELÉN. Tenemos una novedad; el Concejal inapetente.

CORONEL En efecto; es una novedad.

MELÉN. He dispuesto, que como aperitivo, se le ponga en el pesebre una bola de cloruro de sodio, vulgo sal común...

CORONEL Usted, que tiene familia en este pueblo, infórmese de cuál es el mejor camino para ir a Chaparros, si el de la derecha o el de la izquierda.

MELÉN. Sí, señor; mis parientes podrán orientarnos. A la orden. (Vase a la calle.)

(Por la derecha, INESILLA, con una silla baja y un espejo con marco de madera. Coloca el espejo en el poyo y se sienta delante a terminar su tocado. Es muy joven; viste pobremente, con alpargatas blancas, pero va muy bien peinada, pintada y con alguna peineta de relumbrón.)

CORONEL (Se ha sentado y da con el látigo en la mesa.) ¡Maritornes! ¡Maritornes!

INES. Petra... que la llaman a usted...

(PETRA, de la derecha.)

PETRA ¿Qué hay?

CORONEL Sírveme jarabe de limón con agua de seltz.

PETRA ¿Y con eso va usted a desayunarse?

CORONEL Con eso.

PETRA Mejor un par de huevos con jamón; no sea usté tonto.

CORONEL Trae lo que pido y no te metas en estómago ajeno.

PETRA Bueno, bueno; ¡vaya un desayuno pa todo

un señor Coronel!... (Pasa detrás del ventanal a despachar lo pedido.)

(Por la derecha VALDIVIESO, cincuenta años, viste chaqueta, alpargatas negras cerradas y boina, sin afeitar y sin corbata.)

VALD. Buenos días.

CORONEL Muy buenos.

VALD Con su permiso. (Toma una silla de las que hay junto a la mesa y va a sentarse junto a Inesilla.)

PETRA (Desde detrás del ventanal le alarga el vaso.) Tome usted.

CORONEL (Sin moverse.) No me alcanza el brazo.

(Inesilla y Valdivieso ríen y comentan con disimulo las contestaciones del Coronel.)

PETRA Son ustés muy comodones tós los de tropa.

CORONEL Mucho.

PETRA (Ha salido con el vaso.) Aquí está el refresco. No tiene más sino que se ha acabao el sifón y li puesto agua fresca.

CORONEL Muy bien.

PETRA Y como no teníamos jarabe de limón, li echao una chorrada de vino blanco.

CORONEL Muy bien; y en lugar de tomármelo yo, te lo tomas tú.

PETRA Ya es paciencia la que hay que tener con ustedes. (Vase con el vaso, derecha.)

VALD. ¿Has oído el golpe del Coronel?

INES. De autor.

VALD. De autor.

(PEPE sale de la cuadra con una brida que cuelga de la pared izquierda, y frota con un trapo. Al ver al Coronel, se quita el gorro.)

CORONEL ¿Tenéis todo lo necesario para escribir unos oficios?

PETRA Sí, señor.

CORONEL Pues venga.

PETRA Aquí tiene. (Tintero y pluma.) Lo que no hay es papel.

CORONEL Ni hace falta; escribiremos en la pared.

PETRA Por todo tiene usté que regañar... Bien dice el refrán... de huéspedes señorones y tormentas a las dos, líbrenos Dios. (Vase derecha.)

PEPE Si usía quiere, yo iré a buscar lo que haga falta.

VALD. Y si no que vaya Inesilla.

CORONEL ¿Qué Inesilla?

INES. (Se levanta.) Servidora de usted. El señor Barón, que siga limpiando el correaje, que yo

iré en un vuelo. ¿Qué quiere usted que le traiga?

CORONEL (Le da una moneda.) Toma, hermosa. Un cuadernillo de papel de barba y un paquete de sobres.

INES. Vaya pensando lo que ha de escribir, que yo ya estoy de vuelta. (Vase corriendo, calle.)

VALD. (Sin moverse de su sitio.) Don Santiago, nosotros hacemos muchas comedias de las que usted escribe.

CORONEL ¿Ustedes?

VALD. Sí, señor.

CORONEL ¿Es usted el dueño de la posada?

VALD. No, señor; mi mujer, que anda por allá dentro; nuestra hija, que es la que ha ido a buscar el papel, y un servidor, constituímos una compañía cómico-dramática y vamos por estos pueblos.

CORONEL ¡Ah!...

VALD. Usted habrá oído hablar de mí, probablemente.

CORONEL ¿Cómo se llama usted?

VALD. Dióscoro Valdivieso, pero todos me conocen por Dióscoro.

CORONEL Sí, me suena; y me parece recordar que trabajó usted una vez en el Teatro Español de Madrid.

VALD. Una vez nada más, la noche de mi desgracia.

CORONEL ¿Pues qué pasó?

VALD. Fué en el *Tenorio*. En la escena de la hostería; el apuntador, que era un canalla, cuando llegó aquello de «puse entre hostil y amatorio, en mi puerta este cartel», me apuntó: «En mi puerta este cartón». Así lo dije y continué. «Aquí está Don Juan Tenorio, para quien quiera algodón».

CORONEL Respetó usted el consonante.

VALD. El pitorreo alcanzó dimensiones de hecatombe y tuve que emigrar a América. De allí traje unos ahorros, me metí a empresario, y todo se lo llevó la trampa. A mi teatro le llamaban el teatro de las buenas noches, porque la mayoría de los espectadores era tifus, y en la puerta, en vez de entregar la entrada, decían: «Buenas noches».

CORONEL Pero siempre no dirían «buenas noches».

VALD. Siempre.

CORONEL En la sección vermú dirían «buenas tardes».

VALD. Esa es de autor, don Santiago, de autor. (Se levanta.)

CORONEL Y los amigos le pedirían a usted localidades.

VALD. Hasta el dueño de la tienda donde nos surtíamos, me pidió un palco, y se lo di. Yo, en cambio, le pedí un kilo de café, creo que no fué mucho pedir. Pues bien; al día siguiente me envió un kilo de achicoria, porque dijo que no le había gustado la comedia.

CORONEL Ahora, que no siendo ustedes más que tres, tendrán un repertorio muy limitado.

VALD. No lo crea usted, lo hacemos todo; hasta el *Cyrano* y el *Don Alvaro.*

CORONEL ¿Es posible...?

VALD. Como me llamo Dióscoro.

CORONEL ¡Redióscoro!...

VALD. Es que además de los tres, echamos mano de cualquiera del pueblo, que hace de cartero y no habla, y cuando hace falta la salida de un personaje que no tenemos, se presenta el cartero con una carta, en la que dice que está enfermo o que está ocupado, y nos escribe lo que ha de decir en escena.

CORONEL Magnífico...

PEPE Mi Coronel, Dióscoro quería dar esta noche una función en honor del Regimiento, pero no encuentra local.

CORONEL ¿No hay teatro en este pueblo?

VALD. No, señor; y con motivo de la llegada de ustedes, todos los locales están ocupados.

CORONEL ¿De modo que no pueden dar la función para nosotros hasta que nosotros no nos vayamos?...

PEPE (¡Pobre gente!)...

VALD. ¡Ya ve usted qué vida!... Otros actores con menos méritos que yo, son halagados por la fortuna.

CORONEL Por eso a la fortuna la pintan con un cuerno lleno de monedas de oro, y como es caprichosa, a unos los obsequia con las monedas, y a otros con el vaso que las contiene.

VALD. De autor, don Santiago, de autor. Con permiso. (Vase derecha.)

PEPE (Casi me ha hecho llorar...)

(INESILLA de la calle.)

INÉS. Aquí tiene usted, papel, sobres y la vuelta.

CORONEL Para ti.

INES. Muchas gracias. (Vase derecha.)

CORONEL ¿Está por ahí el brigada?

PEPE No, señor; pero si usía quiere, yo escribiré lo que tenga a bien ordenarme.

CORONEL Muchas gracias, Barón. Pondremos dos oficios; uno al alcalde de Chaparros...

PEPE Ya sé; comunicándole que mañana al medio día llegará el Regimiento, que tenga prevenido alojamiento para cinco jefes, diez y seis oficiales y pienso para 260 caballos. (Se sienta a escribir.)

CORONEL Perfectamente.

(HIDALGO sale de la cuadra canturreando, ve al Coronel y vuelve a la cuadra.)

HID. (¡Uy, el usía!)...

(De la calle, NICASIO, ENRIQUETA y CONSORCIA.)

NIC. Buenos días, señor Coronel.

CORONEL Muy buenos.

NIC. ¿No se acuerda usted de mí?

CORONEL No caigo...

ENRI. ¿No se acuerda usted de mi esposo, el que vestía a su difunta esposa?

CORONEL ¡Ah!, sí; Rufínez, el modisto.

NIC. Ya no, ya no; gracias a Dios, ya no visto a las señoras.

ENRI. Estamos muy ofendidos con usted.

CONSOR. Y con razón.

NIC. (Presenta.) Nuestra amiga Consorcia Zarabaldegui; don Santiago Robles.

CONSOR. Le conosco por sus escritos. (Consorcia habla con acento argentino, pero no calmoso.)

CORONEL Siéntense ustedes. (Pepe cede su silla y trae las dos en que estaban sentados Inesilla y Valdivieso.) Hace falta un asiento. (Da con el látigo en la mesa y dice dirigiéndose a la derecha.) ¡A ver, una silla!... ¡Pronto, una silla!...

(De la cuadra sale HIDALGO con una silla de montar.)

HID. Aquí está, mi Coronel.

CORONEL No, hombre; una silla para sentarse.

HID. Usía dispense. (Vuelve a la cuadra.)

(De la derecha, PETRA con una silla.)

PETRA Aquí tiene usted. (Vase.)

(Nicasio se sienta en la silla baja.)

CONSOR. Vean el inconveniente de no llamar las cosas por su verdadera denominasión. Esto es una silla, y lo que trajo el cabo, una montura.

NIC. Consorcia también es literata, escribe en la Prensa de Buenos Aires.

CORONEL ¿En qué periódico?

CONSOR. En *El Desayuno*, diario de la mañana. Porque yo domino el castellano, y usted no se ofenda si afirmo que allá hablamos el castellano más pulcro que acá. Allá desimos, soldado y convidado, y acá disen, soldao y convidao. ¿Sabe?

CORONEL Se.

CONSOR. Y en ves de desir. «Me parese que ha fallesido», disen, «pa mí que la diñao», y de esta manera arruinan el castellano, que es una presiosura. Yo me transfiguro de disgusto cuando oigo desir «tripas llevan pies»; pudiendo desir «abdómenes llevan extremidades».

CORONEL Bueno, ¿y en qué les he ofendido yo?

NIC. ¡Pasar por este pueblo y no alojarse en nuestra casa, que es la mejor!

ENRI. ¿Le parece a usted bien, habiendo sido su esposa la que Nicasio vestía con más gusto? Recuerdo que el último vestido que le hizo, fué un *costume negligé* en crespón *georget*, morado malva, con...

NIC. (Molestado.) ¡Qué afán de sacar a relucir mi pasada profesión... ya sabes que me molesta!

CORONEL La profesión de modisto es tan honrosa como otra cualquiera.

NIC. Coronel, usted no sabe lo que es medir señoras. Además es una profesión que se presta a la chirigotería.

CONSOR. Eso sí, hasta las personas más serias hasen macanas.

NIC. Y tanto... Cuando me casé, fuí a confesarme. Me arrodillé donde siempre, al frente del confesonario; el cura me preguntó por mi profesión, y al contestarle, modisto, me dijo señalando a la izquierda del confesonario, pase usted a la rejilla.

CONSOR. (Riendo.) Macanudo...

NIC. Comprendan ustedes mi disgusto cuando me recuerdan mi pasada profesión; pero mi mujer parece que tiene gusto especial en mortificarme.

ENRI. Es que echo de menos aquellos tiempos de automóviles a la puerta de casa... Las señoras de la aristocracia... *Los broderis, los fulares, los charmeuses...*

NIC. No quiero ni recordarlo. Afortunadamente tenemos a un kilómetro de aquí una finca soberbia llamada *La Frondosa.*

CONSOR. Y en ella una casa que es un palasio.

ENRI. Con una extensión de terreno que abarca todo el término.

CONSOR. Y en la Alcarria unas fincas ubérrimas.

CORONEL Por lo visto se gana mucho con... esa profesión que no hay por qué recordar.

NIC. Como ganar, sí, se gana mucho; lo que sucede es que no se cobra mucho de lo que se gana.

CORONEL Ya.

NIC. Todas esas fincas que tenemos, es lo que nuestra hija heredó al quedarse viuda hace dos años.

CONSOR. No se registra otra desgracia como aquélla.

ENRI. De la iglesia, al lunch; del lunch, a Madrid en automóvil; y a los pocos kilómetros, choque con un camión. El novio murió al día siguiente, el chófer herido y nuestra hija incólume.

NIC. En veinticuatro horas, soltera, casada y viuda.

CORONEL Una viuda especial; lo que yo llamaría, una viuda blanca.

CONSOR. ¡Miren, cómo encontró definisión apropiada!...

PEPE (Se levanta.) Perdonen ustedes. (Al Coronel.) Otro oficio al Capitán General de la Región, participándole la llegada del Regimiento a este pueblo y su salida para Chaparros mañana de madrugada. ¿No es así?

CORONEL Eso es.

(De la cuadra salió un SOLDADO en mangas de camisa, con dos cubos, y en este momento, se encuentra frente al Coronel.)

CORONEL ¡Eh! ¿A dónde vas tú?

SOL. (Está frente a la mesa, deja los cubos en el suelo y se vuelve.) A... a la cocina a buscar agua.

CORONEL Está bien, pero no se pasa por delante de las personas, sino por detrás.

SOL. Sí, señor. (Toma los cubos, y por delante de todos, vuelve cerca de la puerta de la cuadra, para hacer mutis por la derecha y por detrás de los personajes.)

CORONEL Bien, hombre, bien; lo has arreglado.

(Al poco rato, el soldado vuelve a la cuadra.)

NIC. Espero un favor de usted, Coronel.

CORONEL Usted dirá.

NIC. Aspiro a que se me conceda la gran Cruz del Mérito Agrícola...

CORONEL ¿Con distintivo verde?

NIC. Naturalmente. Me la tiene ofrecida la señora del Ministro de Agricultura.

ENRI. A cambio de una cuentecita que le quedó a deber.

NIC. Cállate, Enriqueta... Y como el actual Ministro de la Guerra es hermano de usted, no estaría de más que usted recomendara el asunto.

CORONEL Habrá que apoyar la recomendación en algún mérito de usted.

NIC. Estoy escribiendo la historia del agua y su necesidad para el riego de los campos.

CORONEL Ya es trabajo, porque tengo entendido que el agua es anterior al diluvio.

NIC. Opino lo mismo.

CORONEL Y padece algunas enfermedades.

NIC. ¿Enfermedades el agua?

CORONEL La gota y las cataratas. (Riendo.)

NIC. Festivo y humorístico...

CONSOR. Regosijante, no más...

ENRI. Siempre de buen humor...

NIC. Oiga, Coronel; nos han dicho que tiene usted de soldado de cuota al Barón de Sengalí.

CORONEL Aquí lo tienen, precisamente.

PEPE (Se levanta.) Servidor de ustedes.

CORONEL El mejor soldado del Regimiento.

ENRI. Y seguramente el mejor jinete, nosotros estábamos en París, y fuimos a las Carreras de Longchamp, cuando ganó usted un premio con su caballo Charlots.

CORONEL Hombre, no me había usted dicho nada de eso...

PEPE Los que nos hemos criado en Inglaterra no damos importancia a esas cosas.

NIC. Fué una carrera muy emocionante, y ganó usted por muy poquito.

CORONEL Pues, ¿qué pasó? Cuente...

PEPE Nada... que... al final de la carrera, Charlots y su competidor, iban iguales... y seguramente hubiera habido empate, pero en el momento de faltar cuatro o cinco centímetros para llegar ambos caballos a la meta, tuve la suerte de que Charlots sacara la len-

gua, y el Jurado le adjudicó el premio, haciendo constar que había ganado por una punta de lengua. Con permiso. (Se sienta a escribir.)

NIC. Señores, ¡qué inteligencia de animal... sacar la lengua en el momento preciso!...

CONSOR. ¡Qué contingensia de lengüita!...

CORONEL (Me parece que el Barón se ha colado.)

ENRI. Bueno; usted se viene ahora mismo a nuestra casa.

CORONEL Ya no; pero dentro de una semana volveremos a pasar por aquí, de regreso a Val de Enríquez, y tendré el gusto de alojarme en su casa.

NIC. Pero hoy almuerza usted con nosotros; el gasto ya está hecho.

CORONEL Conformes. (Se levantan.)

NIC. Pues luego volveremos a buscarle con el auto.

CONSOR. Yo les espero acá.

ENRI. ¿No viene con nosotros?

CONSOR. No; quiero visitar el pueblo y haser una informasión para *El Desayuno.*

ENRI. Adiós, Barón.

PEPE A los pies de usted.

(Nicasio y Enriqueta vanse a la calle; Consorcia y el Coronel van a despedirlos. De la derecha, Inesilla viene a recoger lo que dejó en el poyo. Hidalgo en la puerta de la cuadra.)

PEPE Inesilla; no sabe usted de lo que yo sería capaz porque dieran ustedes función.

HID. Y yo, y todos los del Regimiento.

INES. ¡Qué le vamos a hacer!...

PEPE Estoy con verdadera pena, créame.

INES. Porque es usted muy bueno.

PEPE Y usted tan simpática como desgraciada.

HID. El conforme, el intervine y el visto bueno. Rubricao.

INES. El Coronel... (Vase derecha.)

(De la calle, el CORONEL.)

PEPE ¿Quiere usted firmar los oficios?

CORONEL Vengan. (Los firma.)

PEPE (Dos cuartillas.) Las minutas. (El Coronel las rubrica.)

(Mientras el Coronel firma, de la cuadra sale el Soldado; así que asoma, Hidalgo le da un manotazo y lo echa hacia dentro.)

CORONEL Ponga el sello de la oficina y llévelo al correo.

PEPE Ahora mismo. (Vase a la calle.)

HID. (Al ver que el Coronel va hacia la cuadra.) Firmes... (CONSORCIA de la calle.)

CONSOR. Coronel, haga el favor un momentito.

CORONEL Usted dirá.

HID. ¡En su lugar; descanso!... (Entra en la cuadra.)

CONSOR. Siéntese no más. Vamos a conversar como dos compañeros, porque usted y yo somos compañeros de profesión.

CORONEL ¿También usted pertenece al arma de caballería?

CONSOR. No; pero los dos somos literatos.

CORONEL Ah, sí; no me acordaba. Perdone.

CONSOR. Tengo una curiosidad. ¿Cómo se llamó su difunta esposa?

CORONEL Amalia Cienfuegos.

CONSOR. Amalia Sienfuegos.. No me diga más... Abráseme, Coronel...

CORONEL ¿Por qué?

CONSOR. Amalita Sienfueguitos.. mi mejor compañerita de colegio... La estoy viendo, mire...

CORONEL Celebro tanto...

CONSOR. Yo me creo obligada a honrar la memoria de mi mejor compañerita, y a usted no le extrañará la insinuasión que voy a permitirme.

CORONEL Insinúe

CONSOR. ¿Usted conose a Carmensita, la hija de esos señores?

CORONEL No.

CONSOR. Una monada de viudita; educada a la moderna; maneja el auto, la bicicleta y los caballos, como una artista de película por series. Usted está bien conservado. . ¿no?

CORONEL Mis cincuenta y cinco inviernos, no han apagado el fuego de mis cincuenta y cinco primaveras.

CONSOR. Linda frase. Pues bien; yo entiendo, que no sería encalabrinadura de viejo, si usted pretendiese a la viudita.

CORONEL Señora... Agradezco su invitación, pero yo no me reengancho, porque he sido muy desgraciado con las mujeres. En una ocasión, amé a una mujer con delirio; hice por ella los mayores sacrificios; juró amarme toda la vida, y aquellos amores tuvieron un fin horrible, muy horrible. Se casó...

CONSOR. ¿Con quién?
CORONEL Conmigo.
CONSOR. ¿Usted habla así de Amalita, que era tan buena?
CORONEL Eso, sí; hay que hacerle justicia; no tenía más que un defecto.
CONSOR. ¿Cuál?
CORONEL Que era insoportable.
CONSOR. Carmensita era un ángel...
CORONEL Lo será, pero hace tres meses que enviudé y estoy en el luto de miel.
CONSOR. ¡Luto de miel!... ¡Mire que diablesa de frase!
MELÉN. Mi coronel. (Meléndez viene de la calle.)
CORONEL Con permiso. (Va al foro a hablar con Meléndez.)
CONSOR. (A Petra que está trás el ventanal.) Ché, niña. (Habla con Petra.)
CORONEL ¿Se ha informado usted?
MELÉN. Sí, señor; unos dicen que el mejor camino es el de la derecha y otros que el de la izquierda. Con tal motivo hay grandes discusiones y me temo que acaben a estacazos.
CORONEL Usted tendrá la culpa, por haber preguntado a más de uno (Vase a la calle.)
CONSOR. (A Petra.) Parece mentira que no tengan ustedes whisky
PETRA Aquí no tenemos de esas porquerías.
MELÉN. Señora..
CONSOR. (Lindo Capitán.)
MELÉN. En la casa de ahí enfrente, está el Casino y allí podrán servirle whisky.
CONSOR. ¿Usted pertenece al Regimiento?
MELÉN. Soy el profesor veterinario.
CONSOR. Linda profesión; custodio de la salud pecuaria y sentinela avanzado de la higiene pública.
MELÉN. Eso, es. Con su permiso. (Vase a la calle.)
CONSOR. Vaya con Dios. Miren el señor Barón, ocupado en menesteres plebeyos.
PEPE No hay ocupación plebeya cuando es de obligación.
CONSOR Diga señor; ¿cómo se llama su mamá?
PEPE Transfiguración.
CONSOR. ¡Abrásemel..
PEPE ¿Pues?
CONSOR. La Baronesita Transfigurasionsita... mi mejor compañerita de colegio..
PEPE ¡Sí que es casualidad!
CONSOR. Usted no se va de acá sin que conversemos un ratito.

PEPE Bueno.

CONSOR. ¿Usted conoce La Frondosa?

PEPE No, señora; dicen que es una finca de barba de pavo.

CONSOR. Diga de «cola de pavo real», que es más fino.

PEPE Bueno; de cola de pavo real.

CONSOR. Esta tarde, a las seis, apúrese de venir allá y le presentaré a los papás de la linda viudita propietaria.

PEPE Muchas gracias.

CONSOR. A las seis... ¿no? (Vase a la calle.)

PEPE No faltaré.

(HIDALGO, que estuvo atisbando desde la puerta de la cuadra.)

HID. Oiga osté; esa señora ha sido compañerita de colegio de medio mundo femenino; lo mismito que a uté ha dicho de la difunta der Coronel.

PEPE ¿Sí...?

HID. Ande uté con pestaña, que esa señora es un gallo tapao.

PEPE ¿Cree usted?

HID. Yo sé mucho de eso...

(De la derecha INESILLA.)

INES. ¿Quieren ustedes conocer a la viudita?

PEPE ¿La hija de esos señores que han estado aquí?

INES. La misma. Ahora pasará por aquí delante.

HID. Vamos a verla.

(PETRA, de la derecha.)

PETRA Viene a caballo acompañada de un lacayo.

(Todos van al foro.)

INES. Ahí la tienen...

PEPE Echa pie a tierra...

PETRA Y viene hacia aquí...

HID. ¡Vaya mujer!... (Pequeña pausa.)

PETRA (Un instante antes de aparecer Carmen.) Buenos días, señorita.

HID. (Presenten armas.)

(CARMEN, de amazona.)

CARMEN ¿No han estado aquí mis papás?

PETRA Han estado y se han marchado.

CARMEN ¿Sabes a dónde?

PETRA No sé. (Por Pepe.) Este, que estuvo aquí cuando ellos, puede que se haiga enterao

HID. (A Pepe que está limpiando la brida.) Alto la limpiesa y a declarar lo que sepa.

PEPE No dijeron dónde iban, pero ofrecieron vol-

ver a buscar a doña Consorcia y al Coronel, que almuerza hoy con ustedes.

CARMEN Muchas gracias. (A Petra.) ¿Tenéis Chartreuxe? (Se sienta a la mesa.)

PETRA ¿Eso es cosa de comer?

(Carmen suelta la carcajada.)

HID. Se sirve asao a la parrilla. (Burlándose.)

PETRA ¡A ustés sí que debían asarlos a todos!...

PEPE (Aparte a Hidalgo.) Voy a suplicar a la viudita que preste un salón de su casa para que den la función esos pobres cómicos.

HID. Déjeme uté a mí; yo se mucho de eso. (A Carmen.) Muy señora mía y de mi distinción más distinguida.

PEPE (Arrea.)

HID. A uté le extrañará la emergensia espontánea de mi frase, pero hay sircunstansias en que... los sentimientos-humanos .. del hombre se especifican y congratulan ante unas víctimas, emansipadas por la parca fiera de la esenografía teatral.

PETRA (¡Vaya un tío expresándose!...)

CARMEN No, comprendo.

PEPE Que esa joven y sus padres, constituyen una compañía dramática y no tienen local donde dar hoy una función.

HID. Pues eso es lo que yo he dichó: la parca fiera de la esenografía teatral.

CARMEN ¿Esta joven es actriz?

INES. (En el foro.) Sí, señora.

CARMEN ¿Por qué no te acercas? Ven aquí. ¿Cómo te llamas?

INES. (Muy ingenua y sonriente.) Inesilla Valdivieso, para servir a usted.

CARMEN ¿Y nada más que los tres formáis compañía?

INES. Nada más. Hoy queríamos dar una función dedicada al Regimiento; hubiéramos tenido un lleno, pero no hay local disponible.

PEPE ¡Ya ve usted! (Doliéndose de Inesilla.)

INES. Para ahorrarnos el alquiler generalmente, damos la función al aire libre, pero hoy no puede ser porque hace mucho viento...

PEPE Todo en contra suya, como si llevaran la maldición encima.

CARMEN ¿Y cómo os arregláis para armar el tinglado al aire libre?

INES. (Con alegría.) Tenemos un carrito tirado por un borriquillo, donde llevamos el telón y

unos cuantos trastos. Mi padre arma el escenario. Para asientos, cada cual se trae una silla de su casa.. y así vamos de pueblo en pueblo por la carretera.

CARNEN ¿Montados en el carrito?

INES. No, señora; a pie.

CARMEN ¿Tú también a pie?

INES. También; para que el borriquillo no se canse.

CARMEN ¿Y tú no te cansas?

INES. Ya estoy acostumbrada. Lo único que me molesta, son las tormentas. (Con terror.) El mes pasado nos cogió una horrible entre Torrelodones y Guadarrama. Creí morir de miedo.. Figúrese cómo terminaríamos el viaje. Yo, caí enferma, y sin acabar de ponerme buena, tuve que salir a escena.

PEPE ¡Ya ve usted; eso no es vivir!

CARMEN (La acaricia.) ¡Pobrecilla!...

INES. Dicen que la semana próxima volverá el Regimiento, puede que entonces no haga viento y podamos dar la función.

CARMEN Daréis la función, aunque tengamos vendaval.

INES. ¿Dónde?

CARMEN En mi casa.

PEPE ¡Muy bien!...

HID. ¡Olé!...

INES. ¿De veras?...

CARMEN Y te pondré mis vestidos.

PEPE ¡Magnífico!...

INES. ¡Ay, qué alegría!...

HID. Y si hase farta, yo representaré uno de los papeles.

INES. ¿Usted?

HID. Yo sé mucho de eso.

INES. ¡Qué alegría tan grande!... ¡Función en La Frondosa; con sus vestidos!.. ¡Padre, padre!!.. (Vase corriendo derecha.)

PEPE Muchas gracias, señora; no sabe usted la pena que me ha quitado...

CARMEN ¿Es usted pariente de esos artistas? (Se levanta.)

PEPE No; pero tengo la desgracia de no poder ver sufrir a nadie.

CARMEN Quizá sea una suerte.

HID. Es una *sensitivia*; ve sacudir una alfombra y se le saltan las lágrimas. Y es tan considerao, que cuando tiene que correrle las

espuelas al caballo, le dise: con permiso.

PEPE No haga usted caso; cosas del cabo Hidalgo.

CARMEN Si no hace viento, una parte de la galería que da al jardín puede servir de escenario.

HID. Yo iré a verlo para dictaminar, que yo entiendo un poquito de eso.

(INESILLA y VALDIVIESO, por derecha)

VALD. Señora; mi hija acaba de contarme la generosidad de usted.

CARMEN Una insignificancia.

(PETRA por derecha.)

VALD. Para expresarle mi agradecimiento, me faltan palabras.

HID. Las que a mí me sobran. ¡Benditas sean las mujeres bonitas y de corazón unánime! ¿Ve uté este gorro? Pues hágase cuenta que es mi cabesa y me la arranco pa que uté la pise. (Arroja el gorro al suelo.) Písela uté...

CARMEN No es para tanto.

HID. (A la puerta de la cuadra.) ¡Sección: la semana que viene tendremos teatro, grasias a esta señora que sede su casa!... ¡Olé por la propietaria de La Frondosa!... (Dentro olés y aplausos.)

CARMEN (Cerca de la cuadra y saludando con el látigo.) Muchas gracias... Muchas gracias...

HID. No entre uté, que se va a llenar de pulgas.

(Por foro, izquierda, vinieron el CORONEL, CONSORCIA, MELÉNDEZ, NICASIO y ENRIQUETA; se detienen al oir la gritería.)

CORONEL ¿Qué pasa?

HID. Que la dueña de La Frondosa cede su casa para la función de teatro.

TODOS ¡Muy bien! ¡Bravo!

(Siguen los aplausos dentro. El SOLDADO, con los cubos, va a salir y le dstiene Hidalgo.)

TELON

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Son las seis de la tarde del mismo día del acto anterior. Casa de Carmen en La Frondosa. Al frente, amplia galería que da al jardín. Dos puertas a la derecha y una mayor a la izquierda. Mobiliario elegante. Sobre una mesita servicio para tomar una taza de te.

—

(De la izquierda, ANACLETA con mermelada, mantequilla, pastelillos, etc., que pone en la mesita Se oye el timbre lejano.)

ANAC (A la puerta izquierda.) Mateo... abra usted. (Pequeña pausa.) (Un oficial.) Pase usted aquí. (Ah, pues no es un oficial.)

(Por izquierda, PEPE, de uniforme kaki, gorra de plato, con o sin sable, guantes color avellana, cuello de camisa alto y puños de moda. Va correctamente vestido, como el más elegante oficial)

PEPE Buenas tardes.

ANAC. Muy buenas. (Sin hacerle caso, arregla el servicio.)

PEPE ¿Está doña Consorcia?

ANAC. No, señor.

PEPE ¿Y los señores?

ANAC. Tampoco. Así que almorzaron los señores y doña Consorcia, montaron en el auto y marcharon a Madrid.

PEPE Me extraña mucho. ¿Usted no ha oído anunciar mi presentación a los señores?

ANAC. Falta que yo sepa quién es usted.

PEPE El Barón de Sengalí.

ANAC. ¿De cuota, verdad? (Risueña, amable y expresiva.)

PEPE Sí, de cuota.

ANAC. Se les conoce a ustedes en el vestir.

PEPE Gracias.

ANAC. Pues no le han mentado a usted para nada, que yo sepa.

PEPE El caso es que esa señora quedó en esperarme aquí, a las seis de la tarde, para presentarme a los señores.

ANAC. Pensarán estar de vuelta a las seis.

PEPE (Reloj de pulsera.) Será a las seis de la mañana, porque son las seis y diez.

ANAC. Que irá usted adelantado.

PEPE Puede ser.

ANAC. Si quiere usted esperarse...

PEPE Bueno, esperaré. (Se sienta)

ANAC. Con permiso. (Medio mutis.)

PEPE Dígame; ¿la hija de esos señores, también ha ido a Madrid?

ANAC No, señor; ha ido a pasear por las alamedas de la finca.

PEPE ¿Están lejos esas alamedas?

ANAC. Ni están lejos ni están cerca; aunque, si bien se mira, están cerca y están lejos.

PEPE No comprendo...

ANAC. Muy sencillo: que esas alamedas empiezan en esa plazoleta y acaban a media legua de aquí.

PEPE ¡Ah! ¿Y ha ido sola?

ANAC. Acompañada de su San Bernardo.

PEPE ¿Su San Bernardo?

ANAC. Un perro así de alto.

PEPE Ah; comprendido.

ANAC. Con permiso. (Vase izquierda.)

PEPE Esto es una falta de formalidad de la tal doña Consorcia. (Se levanta y mira al jardín.) La finca es soberbia. Mesita con mermelada, tirabuzones de manteca, tostaditas... todo lo reglamentario para tomar el te de las cinco a las seis de la tarde. A mí el te me da un asco atroz. (Toma la taza.) Qué taza más bonita... una taza china. Así se hacen la ilusión de tomar te chino aunque sea agua de malvas. (La mira al trasluz.) Se trasparenta como de cristal...

(CARMEN por foro derecha.)

CARMEN Buenas tardes.

PEPE (Sorprendido y azorado continúa con la taza en la mano.) Ah... a los pies de usted. Espero a sus papás, mejor dicho, a doña Consorcia, para tener el honor de ser presentado a ellos. Ya me ha dicho la doncella que han ido a Ma-

drid en automóvil, y que seguramente estarán aquí a las seis.

CARMEN — Lo mismo pueden volver a las diez de la noche; el auto no tiene marcadas las horas de llegada como los trenes.

PEPE — Cierto; no es como en el ferrocarril... dice usted muy bien, pueden volver a las diez o a las doce... y no es cosa de esperarlos... A los pies de usted. (Medio mutis.)

CARMEN — (Riendo.) ¿Se lleva usted la taza?

PEPE — Ah... es verdad. (La deja.) La tomé para mirarla al trasluz... perdóneme la libertad. Servidor de usted. (Vase derecha.)

CARMEN — Vaya con Dios. (De pronto.) Escuche usted, haga el favor.

PEPE — (Vuelve.) Estoy a sus órdenes.

CARMEN — Una pregunta; ¿pidió usted a doña Consorcia ser presentado a mis papás, o fué ella quien se lo propuso a usted?

PEPE — Ha sido empeño de esa señora; empeño que yo acepté gustoso. ¿Desea usted más?

CARMEN — (Toca el timbre.) Sí; que no se marche usted. (ANACLETA por la izquierda.)

ANAC. — ¿Llamaba la señora?

CARMEN — Ponga otra taza y sirva el te. (Anacleta vase y vuelve con lo dicho.) Va usted a tomar el te conmigo.

PEPE — ¿Con usted?...

CARMEN — Sí; es preciso que hablemos, y como esta es la hora en que yo tomo el te, lo natural es que le invite. ¿Va usted a desairarme?

PEPE — No; pero...

CARMEN — Observo que está usted algo violento.

PEPE — Como todavía no he tenido el honor de ser presentado...

CARMEN — No importa; doy por hecha la presentación. Así, pues, deje la gorra, siéntese y esté aquí con toda tranquilidad. (Sirve azúcar.) ¿Cuántos terrones?

PEPE — Uno... o dos... o tres... me es igual. (Tomará el te con alguna repugnancia.)

CARMEN — (A Anacleta.) Oiga usted, la semana próxima, tendremos teatro en el jardín; que vayan a avisar a la fábrica eléctrica para que vengan a hacer la instalación.

ANAC. — Dificulto que vengan, porque siempre que se les llama dicen que tienen mucho que hacer y tardan dos o tres semanas en venir.

CARMEN ¡Qué fastidio!...

PEPE ¿Me permite usted darle un consejo?

CARMEN Diga usted.

PEPE Avisen a la fábrica eléctrica que no corre el contador de esta casa; verá como vienen escapados.

CARMEN Tiene usted razón. (A Anacleta.) Ya lo sabe usted, manden aviso de que no corre el contador. (Vase Anacleta, izquierda.) He dado por hecha la presentación porque no es la primera vez que nos hablamos.

PEPE Ah, sí; esta mañana en la posada, cuando le recomendé a Inesilla.

CARMEN Ya he visto lo mucho que se interesa usted por ella. Es muy bonita.

PEPE Advierto a usted que yo me intereso por todo aquel que sufre, y más si quien sufre es una mujer, porque todas ustedes merecen idolatría y veneración, porque engalanan el mundo de alegría.

CARMEN Alto concepto tiene usted de las mujeres.

PEPE De las mujeres, no; de la mujer, que no es lo mismo; porque de varias mujeres reunidas, Dios nos libre.

CARMEN Opinando de ese modo, hará usted feliz a la mujer en quien haya usted depositado su amor.

PEPE Todavía, no; pero yo amaré a una, porque amar es forzoso; en medio de un desierto, a falta de otra cosa, yo amaría la sombra de un árbol; grabaría mi nombre en su corteza, aprendería el dolor de la tragedia de sus hojas arrancadas por el invierno, y me regocijaría con la fiesta de sus retoños primaverales.

CARMEN Le estoy escuchando con tanto agrado, que no me ha dado tiempo de preguntarle quién es usted.

PEPE (Se levanta.) El Barón de Sengalí.

CARMEN Ah; yo le vi ganar un premio en las carreras de Longchamps.

PEPE Sí, con mi caballo Charlots.

CARMEN Ahora veo claramente la intención de doña Consorcia al traerle a usted aquí.

PEPE Presentarme a los papás de usted. (Se sienta.)

CARMEN Sí, pero a la hora convenida ha procurado estar con ellos en Madrid a fin de que usted y yo tuviésemos esta entrevista a solas.

PEPE ¿Y para qué ha procurado que nos viésemos a solas?

CARMEN Para que me hiciera usted el amor.

PEPE ¿Yo?

CARMEN Con usted, van tres pretendientes que esa señora me envía.

PEPE ¡Tres pretendientes!...

CARMEN Sí, tres.

PEPE No, señora; dos nada más; yo... yo no he venido con intención de hacerle a usted el amor, sino de visitar la finca.

CARMEN La intención de usted no habrá sido pretenderme, pero tenga la seguridad de que esa señora le ha hecho venir para eso. (Riendo.)

PEPE (Se levanta.) Es decir, que esa señora me ha tomado de monigote... Que me ha movido como a un muñeco de teatro Guignol.

CARMEN Y usted ha sido tan inocente que no ha visto el hilo con que le han hecho bailar.

PEPE No, pues... en esta ocasión se fastidia doña Consorcia y no conseguirá su propósito, porque yo tengo amor propio, mucho amor propio.

CARMEN Eso es decir que si no tuviese usted tanto amor propio, se saldría esa señora con la suya.

PEPE (Se sienta.) Tampoco. Eso no quita para que yo sienta por usted una gran simpatía... Desde esta mañana que supe el accidente del auto el mismo día de su boda... sentí una pena tan honda que estaba yo escribiendo un oficio al alcalde de Chaparros, y en vez de doscientos sesenta piensos, puse dos ceros más. Veintiseis mil.

CARMEN ¡Ya son piensos! ¿Tanto se impresionó?

PEPE ¡Y a quién no le impresiona el trágico fin de su pobre esposo!.. ¡tan enamorado como estaría de usted!

CARMEN Muchísimo.

PEPE ¡Y cómo no estarlo, siendo usted tan agradable, tan hermosa, que en cuanto la vi esta mañana, sentí por usted!...

CARMEN Cuidado, mucho cuidado, no se vaya a salir doña Consorcia con la suya.

PEPE Es verdad...

CARMEN Por eso se lo aviso.

PEPE Pero también es trabajo que por culpa de esa señora no pueda yo declarar lo que por usted siento.

CARMEN No se declare usted, Barón; no se declare usted.

PEPE Si es igual; si aunque yo no se lo diga debe usted comprender que la amo, Carmen.

CARMEN ¡Cuánto lo siento, amigo mío!...

PEPE ¿Por qué?

CARMEN Porque no puedo corresponderle; por eso le supliqué que no me hiciera el amor.

PEPE Sí, pero me lo ha dicho en un tono que parecía suplicarme lo contrario.

CARMEN Yo siempre digo lo que siento.

PEPE (Se levanta.) Menos ahora, que se ha burlado usted de mí.

CARMEN (Se levanta.) Burlarme yo de quien se muestra enamorado de mí... ¿Y es ese el alto concepto que tiene usted de las mujeres?

PEPE Perdone, y permita que me marche.

CARMEN Usted no se marcha sin que yo le explique el motivo de mi negativa. Siéntese y tome otra taza de te.

PEPE Como usted quiera.

CARMEN ¿Cuántos terrones?

PEPE Cuatro.

CARMEN ¿Es usted fumador?

PEPE Cuando hay tabaco en los estancos.

CARMEN Pues por mí no se abstenga.

PEPE Muchas gracias.

CARMEN Sepa usted que yo no puedo volverme a casar.

PEPE Qué lástima... ¿Y por qué?

CARMEN Mi esposo tuvo tiempo para hacer testamento, en el que me dejó heredera de toda su fortuna, a condición de que no volviese a casarme.

PEPE ¿Y si usted se vuelve a casar?

CARMEN Toda esa fortuna pasará al pariente más próximo de mi esposo, salvo una pequeña pensión para que yo viva modestamente.

PEPE ¿De manera que si usted permanece viuda es por no perder esa fortuna?

CARMEN Porque gocen de ella mis padres y para que mi padre no vuelva a su antigua profesión.

PEPE Sublime sacrificio. Pero, dígame: ¿Quién es esa señora doña Consorcia?

CARMEN Hace tiempo se presentó en casa asegurando que mamá había sido su mejor compañerita de colegio.

PEPE Visto; esa señora procede de acuerdo con

quien tiene que heredar si usted se casa; es la encargada de procurarle a usted pretendientes, y ha creído que poniéndole por cebo un título nobiliario mordería usted en el anzuelo.

CARMEN Creo lo mismo que usted.

PEPE Pues conmigo se ha llevado chasco... porque yo, amarla, la amo a usted, pero a su confianza voy a corresponder con otra si me promete guardar el secreto.

CARMEN Sabré guardarlo.

PEPE Yo no soy el Barón de Sengalí. (Se levanta.)

CARMEN ¡No!... (Se levanta.)

PEPE Yo no soy más que Pepe García, modesto empleado en el Banco Hispano Inglés, sucursal de Madrid.

CARMEN ¿Y bien?

PEPE Soy un huérfano protegido por el Director, a quien quiero como a un padre. Hace cosa de un mes entré en su despacho; el buen señor estaba muy triste y me confió la causa de su pesadumbre; díjome que tenía un sobrino, el Barón de Sengalí, el cual, en su viaje de París a Madrid para cumplir sus meses de cuota, se enamoró locamente de una joven griega que subió al tren en San Sebastián; una hermosura clásica que iba a Barcelona a embarcarse para su país en el vapor «Peloponeso», y el muy tarambana decidió embarcarse en el mismo vapor, sin que de nada sirvieran las reflexiones y consejos de su tío. Mi sobrino encausado por desertor... qué vergüenza cuando se sepa... qué disgusto para su madre... Yo, que no puedo ver sufrir a nadie, le pregunté: ¿Su sobrino habita en Inglaterra? Sí. ¿Quién le conoce en España? Creo que nadie más que yo. Pues no se apure usted, yo me presentaré en el Regimiento suyo diciendo: yo soy el soldado de cuota Higinio de Gerboles, Barón de Sengalí. Aceptó el ofrecimiento, me abrazó... y aquí me tiene usted contentísimo de haber hecho una buena acción. ¿Se ríe usted? ¿Es que no me cree?

CARMEN Cómo no he de creerle, si aquella griega soy yo...

PEPE ¿Usted?

CARMEN Yo, y supongo que sería el Barón de Senga-

lí el joven que se acercó a mí mientras yo contemplaba el paisaje desde el pasillo del coche. En la primera estación me sonrió; en la segunda me dirigió la primera galantería, y antes de llegar a la tercera ya se me había declarado.

PEPE — Un amor de tiro rápido.

CARMEN — Como el de usted.

PEPE — En la época del aeroplano no vamos a proceder como en tiempos de la diligencia.

CARMEN — Juró que me seguiría aunque fuese al Polo Norte. Pero, hombre, le dije, si en el Polo Norte no hay cura que pueda casarnos. Y el muy atrevido replicó: precisamente, porque allí no hay temor de que nos casen.

PEPE — Esa contestación indica que su intención no era muy católica. La tomó por una hurí del cielo de Mahoma, siendo usted un ángel del cielo cristiano.

CARMEN — Para vengarme le dije que yo era griega, que me llamaba Licenia Euteko y que dentro de cuatro días me embarcaría en Barcelona para fijar mi residencia en Atenas.

PEPE — Pues la creyó a usted, porque mi Director supo que se había embarcado; de modo que el Barón a estas horas...

CARMEN — Estará en Atenas preguntando por Licenia, hija de un tal Euteko, comerciante en piedras preciosas.

PEPE — Pobrecillo... crea usted que me da lástima..

CARMEN — ¿También le da lástima el Barón?

PEPE — Y de usted también, porque la mujer ha nacido para esposa y no para estatua de mármol. Esta es la triste situación de usted.

CARMEN — ¡Qué le vamos a hacer!...

(ANACLETA e HIDALGO por la izquierda.)

ANAC. — Espere que pase aviso a la señora.

HID. — Para qué si me está esperando...

ANAC. — No importa.

CARMEN — ¿Qué es eso?

ANAC. — Este cabo, que dice que usted le espera.

CARMEN — Sí, que pase.

HID. — (A Anacleta.) ¿Lo ve uté?... Yo soy de confianza. Con permiso. Ya sabe uté: a lo que vengo, vengo.

CARMEN — (A Anacleta.) Acompañe al cabo y que vea la galería del otro lado.

HID. — Yo veré la obra que haiga que haser.

CARMEN ¿Es usted maestro de obras?

HID. No, señora; pero tocante a cosas de teatro, yo sé mucho de eso. En mi pueblo, cuando se puso la sarsuela *Cádiz*, hice yo todo el desfile de las tropas del Duque de Alburquerque.

CARMEN Haría usted de uno de los soldados.

HID. Suba uté.

CARMEN ¿De Duque de Alburquerque?

HID. De Duque, de caballo, de todas las tropas y de banda de música, porque salí yo solo con la gorra del cartero del pueblo y tocando el acordeón; dí dos vueltas por el escenario cantando: «Viva España, que vivan los valientes.»

PEPE Sirve para todo.

HID. Digo... como que en el Regimiento me dicen el ungüento blanco. Mire uté. Er domingo pasao no había quien ayudase a misa en la misa de campaña que tuvimos, y todos dijeron: «el cabo Hidalgo». Y ayudé a misa.

CARMEN ¿Pero sabe usted ayudar a misa?

HID. No hablemos de eso. Lo que sí le sertifico es que er cura no se quedó sin contestación; tanto, que al acabarse la misa, el cura me obsequió con dos beatas.

CARMEN ¿Con dos beatas...?

PEPE Con dos pesetas.

HID. Lo que ha dicho mi subordinao.

CARMEN Bueno, vaya usted.

HID. Con su premiso. (Aparte a Anacleta.) El Barón y la señorita, yo entiendo.

ANAC. (No sea usted mal pensado.)

HID. (Yo sé mucho de eso.) (Hidalgo y Anacleta vanse foro derecha. Anacleta vuelve al poco rato y vase izquierda.)

CARMEN ¿Otra taza de te?

PEPE No por Dios... Sepa usted que a mí el te no me gusta.

CARMEN Entonces, ¿por qué lo tomó?

HID. Por obedecerla; pero me produce en la boca una sensación como de metal.

CARMEN Fume usted y tal vez se le pasará. Le he dado permiso para fumar. ¿Es que no tiene usted ganas?

PEPE Lo que no tengo es tabaco.

CARMEN Espere, voy a ver si encuentro dónde guarda papá el suyo. (Vase segunda derecha.)

PEPE — Qué asco de te. ¿Cómo habrá quien tome te sin estar enfermo?

(Por la izquierda ANACLETA e HIGINIO.)

ANAC. — Pase usted. Voy a avisar a la señora. (Va hacia la primera derecha.)

PEPE — Está ahí. (Segunda derecha.)

ANAC. — Gracias, señor Barón. (Vase segunda derecha.)

HIGIN. — (Joven elegante y distinguido, siempre risueño, pero sin reir ni demostrar necedad, sino una despreocupación bohemia; al oir que Anacleta llama Barón a Pepe, le mira con insistencia y sonriendo.)

PEPE — (Vaya una manera insolente de examinarme. ¡A que le digo una fresca!...)

ANAC. — (Sale.) Que haga el favor de esperar. (Vase izquierda.)

PEPE — Caballero, por lo visto me ha tomado usted por el maniquí de algún almacén de ropas hechas.

HIGIN. — (Siempre afable y sonriente.) No, señor; yo me visto a la medida, porque como dijo cierto filósofo:

Nunca salen las cosas a derechas
en ningún almacén de ropas hechas.

PEPE — Debo advertirle que no aguanto bromas de ningún desconocido.

HIGIN. — Podemos conocernos, si tiene la bondad de decirme quién es.

PEPE — El Barón de Sengalí.

HIGIN. — ¿Nada menos?

PEPE — Nada menos. ¿Y usted?

HIGIN. — Pepe García, nada más.

PEPE — ¿Eh? ¡Usted!...

HIGIN. — Empleado en el Banco Hispano Inglés, sucursal de Madrid.

PEPE — Por lo que me dice sospecho quién es usted...

HIGIN. — Está bien claro: usted tomó mi personalidad y yo he tomado la suya.

PEPE — Sí, pero no sé si sabrá usted el motivo.

HIGIN. — Mi tío me ha referido el rasgo de generosidad de usted y he venido para ver qué tal estoy haciendo el servicio militar y a estrechar la mano de quien desde hoy será mi mejor amigo. (Lo hace.)

PEPE — (Confidencial.) Ya sé quién es la griega de quien usted se enamoró.

HIGIN. — Carmen, la viudita propietaria de esta finca.

PEPE — ¿Cómo lo ha sabido?

HIGIN. — Es largo de contar, y celebro el encontrarle

a usted aquí, para que mi amigo el Barón presente a Pepe García.

PEPE Imposible, he confiado a Carmen que el Barón de Sengalí no soy yo, sino aquél que le hizo el amor en el tren, pero me ha ofrecido guardar el secreto.

HIGIN. ¿Guardar secretos una mujer? ya me veo en un calabozo del cuartel, y a usted también; pero a mí me tiene sin cuidado

PEPE Pues a mí no me haría maldita la gracia.

HIGIN. A mí estas cosas me divierten, yo soy así.

PEPE Ella viene...

(CARMEN, de la segunda derecha, con cajas de habanos.)

CARMEN Aquí tiene.

PEPE (Toma uno) Mil gracias. Mi amigo el Barón de Sengalí.

CARMEN Me lo figuré al anunciarme mi doncella la visita de Pepe García.

HIGIN. Comprenda que no puedo llamarme de otro modo, mientras mi amigo el Barón no haya terminado la cuota.

CARMEN Ya estoy enterada de todo.

PEPE Yo, como dentro de poco entro de servicio... queden ustedes con Dios.

HIGIN. Adiós, Barón.

PEPE Adiós, Pepe. (Vase izquierda.)

HIGIN. Seguramente le sorprenderá el motivo de mi visita.

CARMEN Fácil es adivinarlo.

HIGIN. No, no lo adivinará usted. Esta tarde firmo el contrato de arriendo de ese hotelito que está al otro lado de la carretera y siguiendo la costumbre entre vecinos, vengo a tener el honor de ofrecerme a usted.

CARMEN Muchas gracias; siéntese.

HIGIN. Este es el único objeto de mi visita.

CARMEN Ah... creí.

HIGIN. Usted creyó que venía a manifestarle mi disgusto por haberme hecho viajar.

CARMEN Naturalmente.

HIGIN. Disgustarme yo por eso... al contrario.

CARMEN Más vale así.

HIGIN. Yo le dije a usted una tontería en el tren, usted se vengó de esa manera; muy bien hecho; después de todo, el castigo que usted me impuso a mí me ha hecho mucha gracia.

CARMEN Yo nunca creí que llegara usted a embarcarse.

HIGIN. Yo soy así; resoluciones rápidas.

CARMEN Créame que lo siento.

HIGIN. Yo me alegro. La única contrariedad fué el no encontrar a bordo a la mujer a quien amo y continuaré amando, y me dije: resolución rápida; viaje artístico; desembarco en Baleares y visito las célebres grutas. Yo soy un admirador de la Naturaleza; pero no llegué a desembarcar, porque unos excursionistas ingleses me aconsejaron que les acompañase a visitar Atenas y sus antiguos monumentos.

CARMEN Y se fué usted a Atenas.

HIGIN. Eso resolví; pero tocamos en Nápoles, bajé a tierra, unos pintores me invitaron a ver Pompeya y Herculano. Yo soy un ensiasta de las ruinas artísticas y dejé que se marchara el vapor.

CARMEN ¿Y el equipaje de usted?

HIGIN. Vaya usted a saber...

CARMEN ¿Y qué le parecieron las ciudades desenterradas?

HIGIN. No llegué a verlas.

CARMEN ¿Pues y eso?

HIGIN. Lo imprevisto; ya iba yo a subir en uno de los coches que teníamos dispuestos, cuando tropecé con unas artistas de ópera que conocí en Londres, gente alegre. «Vamos a dar unos Conciertos en la Scala de Milán. Véngase a Milán.» Yo me muero por la música... conque a Milán.

CARMEN Supongo que antes de llegar a Milán, se encontraría usted con alguien que le hizo cambiar de ruta.

HIGIN. ¿Qué iba yo a hacer, si a pocas estaciones antes de llegar a Milán, un amigo, dueño de un caballo que iba a correr en Barcelona, quiso que yo presenciase las carreras? Yo deliro por los caballos. Nos embarcamos en Génova y, a Barcelona, pero no vi las carreras, porque mi tío fué a buscarme y me llevó a Madrid.

CARMEN Sí que fué un viajecito artístico y redondo.

HIGIN. De resoluciones rápidas. Llego anoche para abrazar a Pepe García. Esta mañana la veo a usted pasar a caballo y la reconozco. Una

joven actriz, en la posada, me informa minuciosamente de usted. Veo ese hotelito frontero. Hablo con el administrador y esta tarde a las siete firmo el contrato de arriendo.

CARMEN Pues no tiene tiempo que perder; van a dar las siete.

HIGIN. (Reloj de pulsera.) Es verdad, voy corriendo. Y sepa usted, amiga Carmen, que si alquilo ese Hotel es porque quiero poner fin a mi agitada vida. Por el amor de usted quiero transformarme en un hombre tranquilo y usted acabará por perdonarme aquella tontería que la dije y hasta por corresponder a mi amor.

CARMEN Veremos; por ahora nada le ofrezco.

HIGIN. Adiós, Carmen.

CARMEN Por el camino procure no hablar con nadie.

HIGIN. ¿Por qué?

CARMEN Porque se expone a dejar sin firmar el contrato de arriendo.

HIGIN. No tema usted; se acabaron las resoluciones rápidas. Salude a sus papás de parte de su nuevo vecino Pepe García; cuidadito ¿eh? Pepe García. Buenas tardes. (Vase izquierda.)

CARMEN Adiós.

(HIDALGO por foro derecha.)

HID. Ya está vista la galería.

CARMEN ¿Sirve?

HID. Quitando las cristaleras y parte de la barandilla, superior. También he visto la caballerisa.

CARMEN ¿Le ha gustado?

HID. Limpia, higiénica y ventilá de aire. Y vaya caballos bien cortaos... como no los hay en el regimiento.

CARMEN ¿Mejores que el de el Coronel?

HID. El Coronel tiene dos por si le ocurre dir a dos sitios al mismo tiempo; pero, ná; mu mansos; el uno, un banco de carpintero; y el otro, dulce como dos resién casados. Se los he domao yo. Yo entiendo mucho de eso

CARMEN Por eso le habrán hecho a usted cabo.

HID. No, señora; yo asendí por méritos de guerra, cuerpo a cuerpo y al arma blanca.

CARMEN ¿En Marruecos?

HID. En Marruecos. (Navaja corta y ancha) Ve uté esta herramienta? Aquí donde usté la ve, er

día que yo muera esta lengua de vaca irá a la Armería Real.

CARMEN Debe tener mucho mérito.

HID. ¡Que si tiene!... entré con ella en Nador y todavía me duele er braso del discurso que esta lengua les echó a los moros; má de media hora dale que te pego, hasta que llegó Cavarcanti y me gritó: cabo Hidalgo, basta ya... la serré y me metí la lengua en el borsillo. Conque si no tiene más que mandar...

CARMEN Espere; escójase un habano.

HID. Casi no me atrevo a tocarlos, porque tienen faja de general y yo no soy má que cabo.

CARMEN Pero sabe usted mucho de todo.

HID. Menos de escoger cigarros; pa esto soy yo mu torpe. ¿Ve usté estos tres? No sé cuál es el mejor...

CARMEN Los tres, hombre, los tres.

HID. Muchas gracias. Julián Hidalgo, del segundo escuadrón, mandar.

CARMEN Vaya con Dios.

HID. (A la puerta izquierda.) Aquí está mi subordinao el señor Barón.

(PEPE por la izquierda.)

PEPE Carmen...

HID. (Suerte que tiene la aristocrasia...) (Vase izquierda.)

PEPE Ya sabe usted cuánto me aflige su situación.

CARMEN Ya me lo dijo.

PEPE Pues, bién; comprenderá que hay un medio muy sencillo de resolverla, de que pueda usted casarse sin perder la posición de que disfruta. A mí... se me ha ocurrido, y a usted... se le habrá ocurrido también seguramente.

CARMEN A mí no.

PEPE Es muy sencillo, casándose usted con el Barón.

CARMEN ¿Con el Barón?

PEPE Usted perderá su fortuna actual, pero se encontrará con la del Barón que es mayor... sale usted ganando... y el Barón parece buen chico, algo inquieto y calaverilla, pero usted le hará cambiar... y pueden ser felices...

CARMEN ¿Y usted?

PEPE Yo... aunque usted me amase, no podría-

mos casarnos. Procuraré enamorarme de otra; difícil será, pero en fin, haré lo posible... yo me impondré el sacrificio de no verla a usted más.

CARMEN ¿Ni siquiera va usted a venir a la función de teatro?

PEPE No pienso asistir.

CARMEN De manera que me ruega que ceda mi casa para teatro, accedo a su petición, y va usted a ser el único que falte a la fiesta. Muy bonito. ¿Es así como agradece los favores?

PEPE Es así como los hago... Yo cambié de personalidad por hacer un favor, y para que sea completo... para que el sobrino de mi Director, no encuentre el menor obstáculo para casarse con la griega que conoció en el tren... tal vez sea conveniente que usted y yo no nos volvamos a ver, Carmen.

CARMEN Lo siento mucho, pero si es determinación de usted...

PEPE Irrevocable...

CARMEN Como usted quiera.

PEPE Adiós, Carmen. (La mano.)

CARMEN Adiós, García. (Pepe vase izquierda. Carmen le ve marchar desde la puerta. Emocionada.) ¡Pobre muchacho!... (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Del acto anterior a éste, ha transcurrido una semana. La misma decoración. Es de noche. Iluminación eléctrica en el jardín y en la casa. En un rincón hay un plumero, una maleta y un libro.

—

(Por el foro derecha, HIDALGO, de uniforme y cartera de cartero.)

HID. (A la izquierda.) Anacleta... Anacleta...

(ANACLETA de la izquierda, trae frac y tijeras.)

ANAC. Hola, buena pieza...

HID. ¿Dónde anda el Coronel?

ANAC. (Segunda derecha.) En su cuarto con los señores.

HID. (A la segunda derecha.) Mi Coronel; con premiso de usía, sa empesao la sinfonía pal segundo acto. (A Anacleta.) ¿Está todo lo que se ha pedido pal segundo acto?

ANAC. Aquí lo tiene; el plumero.

HID. Pa la donsella que quita er porvo de los muebles.

ANAC. El libro.

HID. Pa la señorita, que es una romántica...

ANAC. Y la maleta.

HID. Pa er tío que llega de fuera. Esto sale en todas las comedias. ¿Y el frá?

ANAC. Aquí está.

HID. ¿Le han quitado uno de los faldones?

ANAC. Ahora se lo estaba descosiendo, espérese un poco. (Continúa descosiendo sentada.)

HID. ¿Ha visto uté cómo ha quedado el teatrillo bajo mi diresión ténica?

ANAC. Muy bien.

HID. Dise el Coronel que así se hasían las comedias antiguamente; al aire libre. Y que más antiguamente, u sea poco después de Adán y Eva, los griegos hasían las comedias en tiempo de la vendimia, y los cómicos dise que tenían mucha grasia, porque iban subidos en un carro, en camisa y borrachos perdíos. Ya ve uté qué mérito tiene eso... Borracho y en camisa, yo también haría de reir. ¿No le parese a uté?

ANAC. Claro que sí. ¿Y en qué va la función?

HID. Ya hemos echao fuera el primer acto. ¿Uté no lo ha visto?

ANAC. No he podido; cuénteme.

HID. Al salir la Inesilla a esena, tan emperigilá con un vestido de la señorita Carmen, ha habido soldao de mi escuadrón que ha relinchao. Pues no digo ná cuando he salido yo.

ANAC. ¿También uté toma parte?

HID. Hago de cartero der pueblo; el prinsipal papel en todas las comedias de esa compañía.

ANAC. Los carteros de pueblo no llevan uniforme de caballería.

HID. En mi primera salida, lo he justificao disiendo: «Hay huelga de carteros, y la tropa nos hemos encargao de repartir la correspondensia.»

ANAC. ¡Ah!...

HID Yo sé mucho de eso.

ANAC. Ya se ve que sí.

HID. Como que no soy ningún analfabético. Y en cada carta que saco a esena, con los apellidos der sobre, largo un chiste que me saco yo de aquí, del serebro. Misté los que he largao. Sargo, entrego la carta; tiro de otra y pregunto: «Sacarías Flores der Poso.» No se ha reído nadie, demasiao fino. Tiro de otra: «¿Sabéis utedes dónde vive un tal José Cantón que es guarda bosque? Porque llevo dos días sin poder tropesar con el Guarda Cantón. Un ésito...

ANAC. ¿Y se han reído?

HID. San tirao, menos er Coronel, que estaba en primera fila, y me apuntó así como disiéndome: «Qué tiro te pegaba, ladrón...»

ANAC. Ya está. (Entrega el frac a Hidalgo.)

HID. Pues tengo preparao otro chiste con los apellidos de tres cartas, que puede que me ti-

ren las sillas, pero yo lo largo; mire uté. (Tres cartas que va colocando sobre la mesa, una al lado de la otra.) «Señor Larrea.» Señor Costi.» «Señor Pao.» (Estornuda y lee los tres apellidos.) ¡Larrea, Costi, Pao!...

ANAC. Jesús, qué gansada...

HID. Recojo y hago mutis estornudando. Yo sé mucho de eso. (Vase foro derecha.)

(Por la segunda derecha, salen discutiendo CONSORCIA, ENRIQUETA, CORONEL, MELÉNDEZ, NICASIO e HIGINIO.)

CONSOR. Parese increíble que sea usted intelectual y opine de ese modo, Coronel. Yo entiendo que a un país indómito y salvaje, se le debe sivilizar con cariño, con dulsura...

NIC. Lo mismo opino yo; con dulzura.

CORONEL No conozco ninguna campaña que se haya ganado con miel de la Alcarria, sino con las armas. La civilización se les infiltra después.

CONSOR. ¿Cómo?

CORONEL Según; para eso cada nación tiene su sistema; los ingleses, empiezan por poner un Banco de Crédito; los belgas, un ferrocarril; los españoles, una iglesia, y los franceses, un café-concert con camareras.

CONSOR. (A Higinio.) Y el vesino ¿qué opina?

HIGIN. ¿Yo? Nada. A mí todo me tiene sin cuidado.

CONSOR. (A Meléndez.) Y el profesor, ¿tampoco tiene opinión?

MELÉN. Sí, pero no quiero perder el tiempo en discusiones. Ya ve usted; hace años que nosotros estamos discutiendo, si la cebra es un cuadrúpedo blanco con rayas negras o negro con rayas blancas, y todavía no nos hemos puesto de acuerdo.

NIC. ¿Y dígame, Coronel; estas maniobras que han terminado ustedes, son las que llaman maniobras de invierno?

ENRI. Qué cosas le preguntas, Nicasio; estamos a fines de agosto...

NIC. Ya lo sé; yo lo pregunto, porque a mí el frío me hace una impresión terrible; tanto, que que sólo de pensar en el frío del invierno, ya sudo; y si yo fuese el Ministro de la Guerra, las maniobras de invierno se harían en verano.

CORONEL (Riendo.) Se lo propondré a mi hermano.

CONSOR. (Aparte a Meléndez.) Oiga, profesor. Yo le he

visto a usted hablando con Carmencita, muy apasionado.

MELÉN. Sí, señora; por consejo de usted, le hice el amor.

CONSOR. ¿Qué? Cuénteme...

MELÉN. Me ha regalado dos magníficas calabazas.

CONSOR. Diga, mejor, cucurbitáceas.

MELÉN. gordas...

CONSOR. No empece; insista usted.

MELÉN. No, señora; el Coronel está enamorado de Carmencita, y me parece que a ella no le disguta...

CONSOR. ¿Qué me dise?

(Por primera derecha, CARMEN; en seguida INESILLA y ANACLETA.)

CARMEN Ya está vestida la actriz para el segundo acto.

TODOS A ver, que salga... que salga... (etc.)

INES. (Traje de sociedad elegante, rebosando de alegría, correspondiendo a las galanterías con reverencias un poco acentuadas.) Aquí estoy. ¿Qué les parezco?

MELÉN. Una tempestad de belleza.

INES. Sí, señor.

CORONEL Está usted guapísima.

INES. Ya lo sé, pero si usted se pusiera este vestido, también estaría guapo.

CONSOR. (Aparte a Enriqueta.) Está tontita de verse tan linda.

HIGIN. Ha hecho un primer acto de actriz eminente.

INES. Ya lo sé; hoy he trabajado mejor que nunca, pero es que hace mucho el verse vestida así, con un traje tan hermoso como éste.

NIC. Oye, Enriqueta; ¿no te parece que aquí (En el vestido de Inesilla.) se le debía de hacer un *plissé* para que se adaptase mejor a las redondeces del cuerpo?

ENRI. Pero ¿no decías que ya no querías ser modisto?

NIC. Es verdad; me horroriza recordarlo.

ENRI. No sé por qué.

NIC. Porque el hombre, para ser hombre, lo primero que necesita es ser hombre. ¿No es verdad, Coronel?

CORONEL Exacto, amigo Rufínez.

(Por el foro derecha, HIDALGO.)

HID. Mi Coronel; con premiso de usía han tocado llamada pa el segundo acto. (Vase foro izquierda.)

(ANACLETA entra en segunda derecha.)

CORONEL Pues, vamos allá.

CARMEN ¿Pero no hay un caballero que dé el brazo a la primera actriz?

(El Coronel, Meléndez e Higinio, se apresuran a ofrecer el brazo. Inesilla acepta el de Higinio que llega el primero.)

INES. (A los otros dos.) Muchas gracias.

MELÉN. La actriz nos ha desairado, Coronel.

CORONEL Qué le vamos a hacer... las mujeres son partidarias de la escala abierta y proceden por elección y no por antigüedad.

CARMEN Eso no reza conmigo, yo tomo su brazo antes que usted me lo ofrezca. (Lo hace.)

CORONEL Es usted adorable.

CARMEN Y usted muy simpático. (Vase foro derecha, con el Coronel.)

MELÉN. (Aparte a Consorcia.) ¿Lo ve usted?

CONSOR. Sí, señor; antes de dos meses, Coronela.

(Vasen todos foro derecha.)

(ANACLETA de la segunda derecha, trae bandeja con una botella y tres copas. Se dirige a la izquierda. HIDALGO asoma por foro izquierda.)

HID. Anacleta.

ANAC. ¿Qué ocurre?

HID. ¿Quiere que le ayude a llevar ese convoy al Gurugú?

ANAC. Lo que usted quiere ya lo se yo. (Deja el servicio en la mesa.)

HID. Uté me ha comprendido.

ANAC. No se si le gustará esto.

HID Aunque sea veneno. Lléneme las tres copas. (Respectivamente, a cada una de las copas que Anacleta va llenando, dice.) Grasias, Ana. Grasias, Cleta. Grasias, Anacleta. ¿Ha visto uté? Tres chistes con un nombre solo. ¡Vaya grasia!...

ANAC. Ha metido usted un chiste en cada copa.

HID. Y ahora me los bebo. Uté debía venirse a mi pueblo cuando yo cumpla.

ANAC. ¿Para qué?

HID. Pa conyugarnos por la iglesia.

ANAC. ¿De qué pueblo es usted?

HID. De Mostillón de la Sierra.

ANAC. Será un pueblo de pocos vecinos.

HID. El número de vesinos no lo sé; lo que sí puedo sertificarles que er munisipio tiene colocados 45 faroles en la vía pública; los tengo mu contaos y recontaos.

ANAC. Ya sé que oficio tiene usted, farolero.

HID. No, señora; vidriero. Yo nunca me he metío a farolero.

ANAC. Valiente oficio, vidriero.

HID. Pues nunca me falta trabajo, porque los días de fiesta saco a los chicos der pueblo a las afueras y les enseño a tirar piedras. Yo sé mucho de eso.

ANAC. Los señores...

(Por foro derecha ENRIQUETA y NICASIO.)

ENRI. ¿Qué hace aquí este cabo?

HID. Nada, señora; que hase farta esta silla pa la escena. Verá uté; en esta silla está la ingrata que el amor y la vida le arrebata. El esposo llega con un puñal en una mano y una carta en la otra, y con la otra, la arroja al suelo; y con las otras dos, agarra al hijo y se lo lleva. (Toma la silla y vase foro.)

NIC. (A Anacleta.) Deje aquí el servicio por si el Coronel quiere más.

(Anacleta vase izquierda.)

ENRI. Yo creo que el Coronel se irá contento del trato que ha recibido en esta casa.

NIC. Sobre todo de la comida que le hemos dado.

ENRI. Gracias a mí.

NIC. ¿A ti?

ENRI. Llamé al cocinero y le advertí; con el Coronel y el Barón seremos seis a la mesa. Quiero una comida con algún detalle que deje al Coronel asombrado. Pierda usted cuidado, me contestó, le asombraremos con el truco de la lubina.

NIC. ¿En qué consiste ese truco?

ENRI. Se compran dos lubinas de medio metro o más. El criado se presenta con una en el comedor, hace como que tropieza, y trás... al suelo la fuente con el pescado. Y el dueño de la casa dice: «no importa, que traigan otra fuente». El criado sale y vuelve al instante con otra lubina.

NIC. ¡Ah! ¿De manera que el tropezón que ha pegado Mateo y lo de caérsele la fuente no ha sido casualidad?

ENRI. Ha sido el truco de la lubina.

NIC. Pues hija, yo me lo he tragado.

ENRI. Y el Coronel también, y ha quedado admirado de nuestra esplendidez.

(Por el foro DOÑA CONSORCIA.)

CONSOR. ¿No saben ustedes la ocurrensia?

NIC. ¿El qué?

CONSOR. Un acontecimiento novedoso. Tienen ustedes mucha suerte.

ENRI. ¿Suerte?

CONSOR Sí, señor; son ustedes muy suertudos.

NIC. ¿Por qué?

CONSOR. Carmensita anda de novia con el Barón. Yo creí que con el Coronel; pero no, que es con el Barón.

NIC. ¿Tiene usted seguridad?

CONSOR. Lo afirmo yo y no hay salida; hace una semana tomaron aquí el te, sólitos, y Carmen quedó sieguita por él no más, y ahora están paliqueando en la discreta soledad del invernadero, y yo fuí cautelosamente y escuché que se daban palabra de casamiento.

NIC. No importa; nuestra hija nos ofreció no volverse a casar.

CONSOR. Oigame, hijito; que nadie puede jactarse de conocer el viento que sopla en cabeza de femenina.

ENRI. Y si no que lo diga Nicasio, que ha sido modisto.

NIC. Y dale...

CONSOR. Yo me vuelvo a observarlos mientras tomo otro whisky, para informar a ustedes detallosamente. (Vase foro derecha.)

NIC. La verdad es que somos suertudos, como dice doña Consorcia; al casarse Carmen perderemos nuestra fortuna, pero nos encontraremos con la del Barón y tendremos un escudo para timbrar el papel y ponerlo en el auto...

ENRI. (Guasa.) Y en la mantita del perro.

(El CORONEL por foro derecha.)

NIC. ¿Qué es eso, Coronel, no ve usted la función?

CORONEL Me es imposible soportar los chistes del cabo Hidalgo y los camelos de esa desdichada característica.

ENRI. Por lo mismo nos hemos venido nosotros.

CORONEL Ahora acaba de decir: «En estos tiempos que estamos, se camisa muy deprina». Voy a leer un ratito antes de acostarme.

NIC. Si necesita algo *sans cumpliman.*

CORONEL No, gracias.

NIC. Ya sabe usted que aquí hay de todo y abundante.

CORONEL Ya lo he visto, ya. Con permiso. (Creerán éstos que me he tragado el truco de la lubina.) (Vase segunda derecha.)

NIC. Caramba... caramba .. y yo que no me había enterado de esos amores...

ENRI. Yo lo supe enseguida; a una madre no se le escapan esas cosas.

NIC ¿Y cómo no me lo digiste?

ENRI. Toda noticia desagradable debe retrasarse lo más posible.

NIC. ¿Desagradable?

ENRI. Para ti, por lo menos.

NIC. No lo creas, gratísima.

ENRI. Porque ignoras lo más importante.

NIC. ¿El qué?

ENRI. Ese soldado de cuota a quien conocimos en la posada, y a quien has convidado a comer, ni es título, ni se llama Higinio de Gerbolés.

NIC. ¿Qué dices?...

ENRI. Se llama Pepe García, y no es más que un empleadillo en el Banco Hispano Inglés.

NIC. ¿Y ese otro Pepe García que alquiló el hotelito de ahí enfrente?

ENRI. Ese es el verdadero Barón. (Bronca.)

NIC. ¿Y va a casarse nuestra hija con un García? ¿Con un Pepe?

ENRI. Está decidida y se casará.

NIC. Poquito a poco. Carmen nos ofreció no contraer segundas nupcias, y por eso abandoné mi profesión. Es una obligación que tiene que cumplir...

ENRI. No te molestes; una vez se casó por tu conveniencia, justo es que ahora se case por amor.

NIC. Aquí estoy yo para impedirlo.

ENRI. Y aquí está su madre para defenderla contra tu ridículo egoísmo.

NIC. Pues no faltará quien me ayude.

ENRI. ¿Es que vas a llevarla a los Tribunales?

NIC. Eso, no; pero ahí está el Coronel, y ahora mismo voy a contarle que ha sido engañado por ese soldadito y por su compinche el Barón, para que se les forme causa y me los traslade a Marruecos; al fin del mundo...

ENRI. Serás capaz...

NIC. De todo.

ENRI. Pero, Nicasio, ¡por Dios!...

NIC. ¡Yo no vuelvo a medir señoras!... Con permiso, Coronel. (Vase segunda derecha.)

(CARMEN y PEPE llegaron por foro derecha y presenciaron final de la escena anterior.)

CARMEN ¿Qué ha pasado?

ENRI. Mucho más de lo que yo me temía; tu padre le está contando al Coronel, quién es el verdadero Barón y quién Pepe García.

PEPE ¡Encausado por impostor!...

CARMEN ¡Dios mío!...

ENRI. Ya veis qué disgusto.

(HIGINIO por foro derecha.)

HIGIN. ¿Tampoco ustedes ven la función?

ENRI. Para funciones estamos...

HIGIN. ¿Pues qué sucede?

CARMEN Mi padre está descubriendo quiénes son ustedes dos.

HIGIN. ¿A quién?

CARMEN Al Coronel.

HIGIN. ¿Y qué? Al Coronel me lo salto.

PEPE ¿Sí, eh? Los dos al calabozo.

HIGIN. El calabozo me lo salto.

ENRI. Este chico es un saltamontes.

HIGIN. Casi, casi.

ENRI. ¡Y encausados!

HIGIN. Bueno, qué le vamos a hacer... las cosas hay que tomarlas así, como yo.

PEPE Ya veremos cuando comparezca usted ante el Juez instructor.

HIGIN. Me lo salto también. Por lo único que lo siento es por usted, que tanto bien quiso hacerme y no lo ha conseguido, porque ¿a qué vamos andar con rodeos? Comprendo que ustedes se aman...

ENRI. Sí, señor.

HIGIN. La casualidad lo ha hecho; por eso puedo estar contrariado por mi mala suerte, pero ofendido con usted, nunca. Donde habla el amor, callemos todos. Sean ustedes felices y reciban mi enhorabuena; yo soy así.

PEPE (Le estrecha la mano.) Gracias, Barón.

CARMEN El Coronel...

(EL CORONEL y NICASIO por la segunda derecha.)

CORONEL (Aquí están los dos pájaros.) (A Pepe.) ¿Usted cómo se llama?

PEPE José García Pérez.

CORONEL ¿Y usted?

HIGIN. Higinio de Gerbolés, Barón de Sengalí.

CORONEL ¿Reconocen ustedes la falta en que han incurrido?

PEPE Sí, mi Coronel; y acatamos respetuosamente lo que usía se digne disponer.

CORONEL Vayan ustedes arrestados.

CARMEN El Coronel quiere decir que irán ustedes arrestados así que termine la función, porque es persona muy correcta y quiere respetar el que están ustedes en mi casa... ¿Verdad que ha sido esa su intención, Coronel?

CORONEL Sí... en efecto; quiero respetar la invitación que Carmen les ha hecho, pero en terminando la fiesta se presentarán al oficial de guardia en calidad de arrestados.

PEPE A la orden de usía.

HIGIN. A la orden de usía.

(Vanse los dos, foro derecha, diciendo Higinio aparte a Pepe.) Al oficial de guardia me lo salto yo.

NIC. Muy bien hecho...

ENRI. Muy mal hecho...

(Nicasio y Enriqueta vanse foro derecha disputando.)

CORONEL Carmen, me ha dado usted una leccioncita delante de mis subordinados.

CARMEN (Zalamera.) ¿Está usted enfadado conmigo?

CORONEL Eso nunca; usted y yo hemos nacido para ser siempre muy buenos amigos. ¿No le parece?

CARMEN Creo lo mismo; como que prefiero charlar un ratito con usted, a ver la función. (Se sienta.)

CORONEL Cuánto se lo agradezco, Carmen. (Se sienta.) (Me siento cadete.)

CARMEN No voy a pedirle indulgencia para esos dos jóvenes.

CORONEL Me alegro, porque me daría usted el disgusto de no poderla complacer.

CARMEN Ya lo comprendo... pero dígame usted: en su juventud habrá tenido algunos amores.

CORONEL En mi juventud y después de mi juventud; no le digo a usted más sino que yo no suelo medir mi edad por el número de años, sino por el número de amores que he tenido.

CARMEN Me alegro... y me alegro porque imagínese que tiene usted treinta años menos.

CORONEL ¡Ay, Carmencita; si eso fuese verdad!... En fin, supongamos que tengo veinticinco años.

CARMEN ¿Qué le parece, si viniendo usted de París

subiese yo al tren en San Sebastián y diese la coincidencia de encontrarnos en el mismo coche?

CORONEL De primera...

CARMEN Claro que un coche de primera.

CORONEL No me refiero al coche, sino a la coincidencia.

CARMEN Bien; es una tarde de fin de julio.

CORONEL Tarde calurosa. . mucho calor...

CARMEN Y asomados a la ventanilla entablamos conversación.

CORONEL Entablada.

CARMEN Y nos deleitamos en consideraciones acerca de cuanto vemos pasar ante nosotros.

CORONEL Andoain, Miranda, Pancorbo... etcétera; conozco esa línea.

CARMEN Estamos los dos en la misma ventanilla. Póngase usted en situación.

CORONEL Lo estoy; acabo de ver pasar la Catedral de Burgos.

CARMEN En ese viaje... yo no digo que se enamorase usted de mí, pero está dentro de lo posible.

CORONEL Posible, no, segurísimo; puede usted darlo por hecho.

CARMEN Y lo probable sería... que me hiciera usted el amor ..

CORONEL Antes de llegar a la primera estación.

CARMEN ¿Y si yo le dijese que dentro de cuatro días me embarcaba en Barcelona para Grecia?

CORONEL Me embarco en el mismo vapor y la sigo a usted hasta el fin del mundo

CARMEN Pues de esa manera le engañé.

CORONEL ¿A mí? ¿Cuándo?

CARMEN A usted, no. ¿Cómo había de engañarle?... Si hubiese sido usted quien me hizo el amor... le hubiera correspondido probablemente...

CORONEL Gracias, Carmencita; es usted adorable.

CARMEN Y usted muy simpático.

CORONEL Y la tarde aquella muy calurosa...

CARMEN Pero a él no quise corresponderle y me valí del engaño para perderle de vista.

CORONEL ¿A quién?

CARMEN Al Barón

CORONEL ¿De modo que esas suposiciones son reflejo de un hecho real?

CARMEN Sí, señor; el Barón, enamoradísimo de mí, me creyó, y en vez de presentarse en el Re-

gimiento para cumplir su cuota, se embarcó con rumbo a Grecia. Usted hubiera hecho lo mismo, según me acaba de asegurar...

CORONEL Sí, sí... puede ser; pero estando pendiente del servicio militar... no, no, no...

CARMEN ¿Va usted a volverse atrás de lo dicho?

CORONEL Bueno... siga usted.

CARMEN El disgusto de la familia del Barón fué terrible, tanto, que Pepe se compadeció de ellos y se brindó a hacer la cuota por el Barón.

CORONEL Rasgo generoso el de Pepe García; pero este caso no está previsto en el Código militar y no hay más remedio que encausarle por impostor y al Barón por desertor.

CARMEN Yo creo que merecen alguna consideración; sobre todo Pepe.

CORONEL No, si a mí particularmente me es muy simpática la acción de Pepe García; pero oficialmente todo eso me parece muy mal. La ley debe cumplirse y será cumplida.

CARMEN En ese caso tendremos que retrasar nuestra boda.

CORONEL ¿Nuestra... nuestra boda?

CARMEN La de Pepe conmigo...

CORONEL (Sin poderse contener se levanta.) ¡Ah, se casa usted... con...!

CARMEN Con Pepe García.

CORONEL No, si ya me lo supuse que algo había, al ver lo que se interesaba usted por él.

CARMEN Figúrese.

CORONEL Y su papá de usted, porque tiene interés en que se castigue a su prometido. ¿Es que se opone a esa boda?

CARMEN Sí, señor; porque si me vuelvo a casar, toda la fortuna pasará al pariente más próximo de mi difunto esposo y papá tendrá que volver a ser modisto.

CORONEL Comprendido.

(Por foro derecha ENRIQUETA y PEPE.)

ENRI. Oiga, Coronel; me parece que hemos encontrado una fórmula para que no se castigue a estos jóvenes.

CORONEL Lo dudo.

ENRI. Haga usted como que no sabe nada y quede todo entre nosotros.

CORONEL ¿Y que yo cargue con la responsabilidad de tener un Barón falsificado en mi Regimiento?

PEPE — Si solamente es por eso, tiene muy fácil solución, dejando el Barón de estar bajo las órdenes de usía. Usía puede pedir a su hermano una Real orden permitiendo al Barón cambiar de Regimiento. El Barón marcha a Larache, allí termina su cuota y yo me vuelvo a Madrid.

CORONEL — No debe darse una disposición para un recluta determinado. Eso no se hace más que en Turquía.

CARMEN — Puede darse una Real orden de carácter general: «Se permite cambiar de regimiento, a todos los soldados que lo soliciten.»

CORONEL — ¡No se armaría mal belén!...

CARMEN — Ninguno. «Condiciones que se exigen: ser de Lanceros, haberse criado en Inglaterra y haber ganado un premio en las Carreras de Longchamp».

CORONEL — Y que tenga una berruga en un diente.

CARMEN — Ahí tiene usía una Real orden de carácter general y que sólo comprende al Barón de Sengalí.

CORONEL — Eso sería una polacada.

CARMEN — Convendrá usted en que se hacen todos los días.

CORONEL — Pero no estando mi hermano en el Ministerio.

(HIDALGO por foro derecha.)

HID. — Mi Coronel; con el premiso de usía se ha acabao el segundo acto. (Vase foro izquierda.)

CORONEL — Está bien.

CARMEN — ¿No nos hace ese favor? (El Coronel indeciso) ¿No?

CORONEL — (Después de dudar.) Imposible. Buenas noches. (Vase segunda derecha.)

CARMEN — ¡Qué desconsideración!...

ENRI. — Vamos a ponerle una carta a la señora del Ministro, la de la cuentecita...

CARMEN — Sí, vamos.

ENRI. — Venga con nosotras. (A Pepe. Vanse izquierda.)

(HIDALGO que atisba desde foro izquierda, se toma la copa que dejó llena y va foro izquierda. Por foro derecha INESILLA e HIGINIO.)

INES. — Es usted muy amable...

HIGIN. — Digo la verdad... Usted ha sido la única nota alegre que encontré en este pueblo...

INES. — Cuánto lo celebro...

HIGIN. — ¿Y a dónde marchan ustedes mañana?

INES. A Navacerrada. ¿Usted seguirá en su hotelito?

HIGIN. No sé; me parece que seguiré al Regimiento.

INES. ¿Entonces, ya no nos volveremos a encontrar?

HIGIN. Creo lo mismo.

INES. Sin embargo; las montañas son las que no se encuentran; y el mundo da muchas vueltas...

HIGIN. Así es, pero despidámonos para siempre; la deseo que encuentre un esposo que la retire de esta azarosa vida y la haga feliz... porque es claro, un día u otro usted se enamorará... y se casará... esta es la vida.

INES. Sí, puede suceder .. y lo natural es que usted busque una esposa...

HIGIN. Naturalmente.

INES. Y vaya usted a saber con quién nos casaremos cada uno...

HIGIN. ¡Oh, si pudiésemos leer en el porvenir!...

INES. Sabríamos hasta en el día en que nos hemos de casar. A mí me gustaría saberlo.

HIGIN. Si tiene curiosidad en saberlo yo la prometó escribirle participándole mi boda. Haga usted lo mismo.

INES. Bueno; a ver si da la casualidad de que nos casamos en el mismo año.

HIGIN. Todo está en lo posible; y hasta en el mismo día.

INES. Tendría gracia que nos encontrásemos las dos bodas en la Iglesia...

HIGIN. ¿Por qué no? Como dice usted muy bien, el mundo da muchas vueltas...

INES. Yo sé de un caso parecido en el que el cura tenía dos bodas a la misma hora y ¿sabe usted lo que pasó? que en la parroquia habían confundido los papeles o qué se yo, y resultaba que uno de los novios tenía que casarse con la novia del otro.

HIGIN. Tiene gracia.

INES. ¡Cómo se pusieron de furiosos y furiosas los novios y las novias!...

HIGIN. Pues yo le aseguro que si a nosotros nos ocurriera eso... a mí no me importaría, ¿y a usted?

INES. (Bajando la vista.) A mí... tampoco.

HIGIN. Quedamos, pues, en escribirnos para participarnos nuestras respectivas bodas...

INES. ¿Y cómo vamos a saber donde para cada uno si no nos escribimos?

HIGIN. Pues, nos escribiremos una cartita cada mes...

INES. Nosotros, en un mes, recorremos seis o siete pueblos.

HIGIN. Entonces, cada semana.

INES. Mejor será cada dos días...

HIGIN. Me es igual...

INES. Muy bien; voy a cambiarme de vestido y salgo en seguida, espéreme aquí. (Vase primera derecha.)

HIGIN. Aquí la espero (Me parece que voy a tomar una resolución rápida.)

(Por izquierda, ENRIQUETA, CARMEN y PEPE; NICASIO por foro derecha.)

ENRI. Barón; ya está arreglado el asunto.

HIGIN. Me alegro por ustedes; a mí me da lo mismo.

CARMEN Ya no habrá castigo para ninguno de los dos.

NIC. ¿Y quién lo ha dicho?

ENRI. Yo; porque acabamos de invitar al Ministro de Agricultura y a su señora, a pasar el mes de septiembre en La Frondosa; y una vez aquí, haremos del Ministro lo que se nos antoje, y tú te fastidiarás.

NIC. Eso lo veremos...

ENRI. Pues sí, que lo veremos.

NIC. Coronel, salga usted... salga usted, Coronel... ahora vais a ver lo que es el Coronel.

CORONEL ¿Qué pasa?

NIC. Que frente a la autoridad de usted quieren poner la del Ministro de Agricultura. Tome usted una determinación.

CORONEL Ya está tomada; en toda ley existe un artículo que no está escrito; el artículo: «Hacerse cargo», y yo haciéndome cargo del noble proceder de Pepe García, pediré a mi hermano que traslade al Barón de Sengalí a otro Regimiento.

PEPE Gracias, mi Coronel.

NIC. Es que yo haré público lo sucedido...

ENRI. Y yo te corto la lengua con tus tijeras de modisto.

CORONEL (A Higinio.) Será usted destinado a Larache.

HIGIN. A mí lo mismo me da Larache que Londres.

CORONEL Usted es un viva la Virgen.

HIGIN. Sí, señor.

CORONEL (A Pepe.) En cambio, usted está de enhorabuena puesto que haciendo suyas las penas del prójimo, ha encontrado su propia felicidad. Este es el premio que merece quien procede con nobleza de ánimo. (A Nicasio.) Y usted, a su antigua profesión.

NIC. Ay, Coronel; usted no sabe lo que es medir señoras...

CORONEL Sí, hombre; topografía femenina.

(HIDALGO por foro derecha.)

HID. Mi Coronel, con el premiso de usía ha empesao la sinfonía pal tercer acto.

CORONEL Está bien.

CARMEN Procuren que doña Consorcia no sepa nada de esto.

ENRI. ¿Dónde andará Consorcia?

HID. ¿Preguntan ustedes por la señora que vive aquí con los señores?

CORONEL Sí.

HID. Con el permiso de usía, está con una borrachera como si le hubián dao de eso de los curas que emborracha.

CORONEL ¿Curasao?

HID. El cleroformo.

TODOS ¡Oh!... (Risas y comentarios.)

(Hidalgo aprovecha la ocasión para tomar la botella y echar a correr.)

CORONEL Eh... ¿a dónde va usted con esa botella?

HID. Con el premiso de usía, sale en el tercer acto.

CORONEL ¡Ah!... (Telón)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE PABLO PARELLADA

Los asistentes, juguete en un acto
La cantina, sainete en un acto.
Las olivas, cuento en un acto.
El Regimiento de Lupión, comedia en cuatro actos.
El filósofo de Cuenca, comedia en tres actos.
El figón, juguete en un acto.
Los motes o el gran sastre de Alcalá, sainete en un acto, en colaboración con D. Juan Colom.
La güelta e Quirico, juguete en un acto.
El teléfono, juguete en un acto.
El himno de Riego, episodio histórico en dos actos
La vocación, comedia en dos actos.
De Madrid a Alcalá, sainete en un acto y tres cuadros.
Tenorio modernista, remembrucia enoemática y jocunda en una película y tres lapsos.
Lance inevitable, juguete cómico en un acto y tres cuadros.
Caricaturas, pasatiempo en un acto y cinco cuadros.
El Maño, zarzuela en un acto en colaboración con don Gonzalo Cantó, música del maestro Barrera.
El celoso extremeño, zarzuela en un acto y tres cuadros, en colaboración con D. Gonzalo Cantó, música del maestro Barrera.
De pesca, diálogo en prosa.
El Gay Saber, sainete en un acto y tres cuadros, en colaboración con D. Alberto Casañal.
Los divorciados, opereta en tres actos, arreglada del alemán.

El alegre Cacatúa, opereta arreglada del alemán.

Mujeres vienesas, opereta en tres actos, arreglada del alemán.

Tenorio musical, humorada en un acto y cinco cuadros.

Repaso de examen, entremés.

Recepción académica, monólogo, en colaboración con D. Alberto Casañal.

Cambio de tren, monólogo, en colaboración con D. Alberto Casañal.

A la orillica del Ebro, traducción y arreglo del juguete en un acto «El Avi», de Apeles Mestres.

Los macarrones, juguete, género gran guignol, en un acto.

Il cavaliere di Narunkestunkesberg, ópera humorística en un prólogo y tres cuadros.

La justicia de Almudévar, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Alberto Casañal.

El gran filón, monólogo en prosa.

En un lugar de la Mancha, comedia en tres actos.

La tomadora, entremés en un acto, música del maestro Barrera.

Pelé y Melé, entremés en un acto y en prosa.

Colonia veraniega, comedia en tres actos y en prosa.

Mitin pro cocineras, El idioma castellano, Las chimeneas, monólogos.

¿Tienen razón las mujeres?, comedia en un prólogo y tres actos (segunda edición.).

Secretos de la escena, monólogo inédito.

Solo de violón, monólogo inédito.

Los de cuota, refundición de «El regimiento de Lupión».

Lo que hace el vino, entremés publicado en «Blanco y Negro».

¡Qué amigas tienes, Benita!, comedia en tres actos.

Así predicaba Diego, comedia en tres actos.

El simpático García, comedia en tres actos.

El doctor Fraile Calzado, comedia en tres actos, adaptación del alemán, con D. Luis Isábal

Precio: TRES pesetas